



**Programa  
del  
Partido  
Obrero  
Revolucionario**

**Cbba. Bolivia - Junio de 2012**

*Ediciones* **MASAS**

**PROGRAMA DEL  
PARTIDO  
OBRERO  
REVOLUCIONARIO**

**(Aprobado en el 32 Congreso del POR, julio  
de 1991)**

**(Aditamentos aprobados en el  
45 Congreso del POR, junio de 2012)**

# ÍNDICE

## PROGRAMA DEL PARTIDO OBRERO REVOLUCIONARIO

Aprobado en el 32 Congreso del P.O.R. (1991)  
Aditamentos aprobados en el 45 Congreso del P.O.R. (2012)

I. LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA PARTE INTEGRANTE DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA MUNDIAL	4
II. LAS CLASES SOCIALES, LA PENETRACIÓN IMPERIALISTA Y LA NATURALEZA DE LA REVOLUCIÓN	12
III. LA MADUREZ POLÍTICA DEL PROLETARIADO	23
IV. ESTATISMO Y ECONOMÍA DE MERCADO	33
V. ALIANZA OBRERO-CAMPESINA, FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIIMPERIALISTA	37
VI. LOS MÉTODOS DE LUCHA	43
VII. LA DICTADURA DEL PROLETARIADO (El Gobierno Obrero-Campesino) LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMÉRICA LATINA	49

## **I.- LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA PARTE INTEGRANTE DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA MUNDIAL**

1. El capitalismo ha unido a todos los países del mundo bajo el signo de la explotación y opresión inmisericordes imperialistas de la mayor parte del globo terrestre. El desarrollo descomunal de las fuerzas productivas se traduce en la madurez de las condiciones objetivas de la revolución socialista internacional, madurez extrema que motiva la descomposición del orden social burgués, como demuestra la crisis económica estructural que soportamos. Si no triunfa la revolución proletaria mundial, la humanidad será empujada a la barbarie, cuyos signos aterradores ya se perfilan en el horizonte.

El imperialismo destruye parte de las fuerzas productivas en sus descomunales empresas belicistas y de peregrinación por el cosmos, habiendo encontrado en estos recursos una válvula de seguridad para evitar el estallido de las crisis cíclicas, que importan la paralización de parte del aparato productivo y la desocupación masiva de la fuerza de trabajo. Los programas multimillonarios de las metrópolis opresoras y explotadoras contrastan con la miseria y opresión que soportan la mayor parte de los habitantes de las mismas metrópolis y las mayorías nacionales de los países atrasados. La "democracia" burguesa imperialista se sustenta gracias a la cacería de brujas, al linchamiento de los negros, a la cínica intervención en la vida interna de sus colonias (teniendo como ejemplo a EEUU: a veces invasión armada, otras boicot económico, todos los días control de los gobiernos indígenas por medio de Departamento de Estado y de la CIA), al crimen político, al espionaje (caso Watergate), a la corrupción masiva de la burocracia gubernamental, sindical, etc.

Las muchas maniobras que realiza el imperialismo no podrán salvarlo de su caída final, no hacen más que postergar por algún tiempo su destrucción, acentuando más, y más sus contradicciones internas, que recaen sobre la sociedad en su conjunto. La lenta desintegración de un sistema social que está poniendo en evidencia que urge sepultarlo, es posible por la ausencia de una dirección revolucionaria internacional del proletariado. Como acertadamente escribió Trotsky, la crisis actual de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria.

Los propios economistas al servicio del imperialismo se ven obligados a reconocer que se ha ingresado a un período de recesión de la economía capitalista cuyos síntomas son más visibles en las grandes metrópolis. Una galopante inflación, en contrapartida, la espectacular subida de las cotizaciones del oro y de las materias primas, la escasez de capitales y la elevación de los intereses para los empréstitos, la continua caída de la capacidad de absorción del mercado (los productores japoneses de hilados formaron un cartel para disminuir su producción en un 40%), etc., son simples síntomas del choque violento entre la producción social (rebelión de las excesivamente desarrolladas fuerzas productivas mundiales contra las relaciones de producción burguesas) y la apropiación individual. La burguesía imperialista sabe perfectamente que no podrá escapar de la crisis económica mundial (la catástrofe adquirirá dimensiones descomunales mayores a las que tuvo la de 1929) con simples manipuleos financieros, arrojando al mercado cerca de un centenar de toneladas de oro en el vano intento de devolver al dólar su desaparecida estabilidad... (el gigante va eliminando rápidamente la grasa que ha acumulado durante largos decenios de saqueo y opresión mundiales), por eso no abandona sus planes belicistas como recurso favorito para desangrar a las pletóricas fuerzas productivas.

La profundidad de la catástrofe se expresa de modo por demás dramático al constatar que grandes zonas del mundo son azotadas por la hambruna, en circunstancias en que la humanidad, por primera vez, tiene la posibilidad de producir sin límite y de satisfacer todas las necesidades de la sociedad.

Mientras decenas de millares de seres humanos mueren de hambre, un puñado de sátrapas se enriquece sin medida. No son las fuerzas ciegas de la naturaleza (el desarrollo de la técnica acentúa el dominio del hombre sobre la naturaleza) las que determinan el hambre, la desocupación, los crímenes políticos, etc., sino el capitalismo en decadencia (la gran propiedad privada burguesa o transnacionales) y que sobrevive porque falta la palada de tierra que lo sepulte. Si la revolución proletaria llega a retardar aún más su arribo, la humanidad será empujada irremediablemente a la barbarie, los monopolizadores de los medios de producción impondrán el azote fascista para garantizar su “anguria” a la explotación y a las ganancias.

2. La tendencia dominante de nuestra época es la destrucción de las fuerzas productivas al chocar con la gran propiedad burguesa de los medios de producción; sin embargo y en determinadas circunstancias excepcionales, todavía puede darse y seguramente se seguirá dando el caso del desarrollo excepcional de las fuerzas productivas en determinados sectores de la economía, de algunos países, a costa del agravamiento del atraso de otros. No es que hemos ingresado a un nuevo período del desarrollo del capitalismo, al supuesto “neocapitalismo”, a un nuevo florecimiento de las fuerzas productivas, sino que se trata de interferencias momentáneas de la tendencia general de la detención del desarrollo de aquellas en su conjunto.

La madurez internacional de las fuerzas productivas para la revolución socialista mundial es uno de los rasgos distintivos de nuestra época y modifica la mecánica de clases en los países atrasados, desde el momento que se abre la posibilidad de que el proletariado minoritario se convierta en caudillo de la nación oprimida y dirija políticamente la revolución que permitirá a estos países explotados y oprimidos por el imperialismo pasar de la barbarie a la civilización. El hecho de que los países explotados y oprimidos por el imperialismo hubiesen sido incorporados tardíamente a la economía mundial (causa de que esos países hubiesen devenido capitalistas atrasados), determina que la revolución que se opera en ellos forme parte de la revolución internacional, que se subordina a sus leyes y que sólo puede consolidarse y resolver los problemas que genera su propio desarrollo en el marco mundial.

El internacionalismo proletario, que se encuentra en la base de nuestra concepción política y de nuestros principios organizativos, corresponde al carácter mundial de la economía que ha sido impuesta por el capitalismo, que supone un régimen de explotación y de represión ejercitado por las metrópolis imperialistas por encima de las fronteras nacionales. De la misma manera que Bolivia es parte integrante de la economía capitalista mundial, que su revolución es parte integrante de la revolución socialista mundial, su proletariado es sólo parte del proletariado internacional. La clase obrera, protagonista de la revolución socialista mundial, tiene que organizarse mundialmente, es decir, en el partido mundial de revolución socialista, partido basado en el centralismo democrático, del cual los partidos nacionales no son más que sus secciones, subordinados a la estrategia mundial y a su disciplina.

Marx, Engels, Lenin y Trotsky se refirieron a esa Internacional revolucionaria; los trotskistas incorporamos a nuestro arsenal teórico todo lo que sobre ese tema escribieron e hicieron los clásicos del marxismo.

El Partido Obrero Revolucionario, partido de la clase obrera y que busca liderizar a las masas explotadas de la nación oprimida por el imperialismo, pese a todos los éxitos que ha cosechado en su actividad práctica, no busca ni desea limitar su labor a las fronteras nacionales; contrariamente, considera que la victoria de la revolución boliviana y su acción partidista precisan integrarse al movimiento marxleninista-trotskyista mundial y particularmente latinoamericano. El POR boliviano agotará todos los recursos para efectivizar la reconstrucción de la Cuarta Internacional, la Internacional de León Trotsky cimentada en el Programa de Transición.

En la actualidad actuamos sobre Latinoamérica y es aquí donde nos corresponde, en primera instancia, sentar las bases de la reconstrucción del movimiento trotskyista. No podrá haber una verdadera y poderosa Cuarta Internacional si no parte de la asimilación de las grandes adquisiciones del movimiento trotskyista en el seno de las masas, de las lecciones que se desprenden de su lucha diaria; en ese plano la contribución del Partido Obrero Revolucionario de Bolivia es invaluable y su debida asimilación es uno de los trabajos esenciales en el camino de la reconstrucción del Partido Mundial de la Revolución Socialista. Esos aportes tienen relación con dos aspectos: contribución en el plano teórico, en la medida que ha confirmado la validez del trotskyismo o del bolchevismo nacional contra las tendencias pequeño-burguesas nacionalistas y terroristas aventureras (tendencias marcadamente revisionistas de los fundamentos mismos del marxismo); contribución en el plano organizativo en la medida en que ha demostrado cómo estructurar un partido que vive en el seno de la clase obrera y cuyas ideas constituyen una de las tendencias políticas más poderosas en el ámbito nacional.

**3.** En los países atrasados los movimientos nacionalistas de contenido burgués, timoneados por direcciones políticas que corresponden a los intereses de la burguesía nacional o de la pequeña burguesía, son una realidad y en cierto momento del desarrollo político de las masas fueron los que las acaudillaron enarbolando banderas antiimperialistas, en las que se inscribió el cumplimiento de las tareas democráticas pendientes (Argentina, Perú, Bolivia, etc.); el problema no consiste en negar simplemente estos movimientos como indiscutiblemente populares, o en asimilarlos mecánicamente a algunos conceptos marxistas, generales a los movimientos políticos burgueses de las metrópolis imperialistas, sino en ayudar a las masas a vivir esa experiencia (a veces inevitable) en el menor tiempo posible y a madurar, partiendo de esta experiencia para que se eleven a la altura del programa trotskyista.

Sería absurdo y antimarxista confundir a la burguesía nacional con la burguesía imperialista y las medidas que adoptan ambas pueden adquirir perspectivas diversas, aunque tienen en común la necesidad de defender el régimen de la gran propiedad privada de los medios de producción, lo que determina que en ningún caso pueda la primera, en esta etapa de decadencia del capitalismo, adquirir una posición revolucionaria con referencia al capitalismo -este papel corresponde a la clase obrera- pero sí puede adoptar actitudes de resistencia y lucha parcial, limitada, contra el imperialismo.

Las medidas "antiimperialistas" que propugna y pone en práctica la burguesía nacional son muy limitadas y no buscan la efectivización de la liberación nacional, sino el reacondicionamiento de las relaciones entre nación oprimida y nación opresora (casi siempre mejores precios y mejor trato económico como demuestra, por ejemplo, la actitud que asumió el gobierno de Libia en materia de recuperación de la riqueza petrolífera, que se encontraba en manos del capital financiero. O por el virtual frente de los países productores de petróleo para lograr mejores precios). Pese a todas sus limitaciones estas medidas son "progresistas" con referencia a la política que siguen las capas burguesas incondicionalmente entregadas al amo extranjero. El partido del proletariado no se limitará a apoyar estas medidas, sino que demostrando su

naturaleza limitadamente progresista, denunciará que no son lo suficientemente profundas para conducir a la liberación nacional o al socialismo, esto a fin de, educar a los explotados dentro de la estrategia de que únicamente un movimiento revolucionario dirigido por el proletariado es capaz de emancipar al país de la opresión imperialista. La desviación ultraizquierdista consiste en confundir a la burguesía nacional con la imperialista, la desviación nacionalista de tipo burgués en aconsejar al proletariado a no levantar en alto su propia estrategia bajo el pretexto de apoyar incondicionalmente una medida antiimperialista. El estalinismo, de igual manera que los nacionalistas, aplicando la teoría de la revolución por etapas, parte de esta falsa premisa para concluir en el ministerialismo: integrarse en los gobiernos nacionalistas para transformarlos en socialistas, etc. El POR sostiene que su conducta frente a los gobiernos nacionalistas, incluyendo a los que ostentaron banderas antiimperialistas muy radicales, es justa: el partido del proletariado no puede asimilarse a los gobiernos nacionalistas, su finalidad es estructurar el gobierno de los obreros y campesinos, es por esto que defiende tan celosamente la independencia de clase del asalariado.

Ni duda cabe que cuando la metrópoli imperialista ataca al gobierno de un país atrasado (poco importa que sea nacionalista o fascista), el deber de los revolucionarios es defender incluso a un gobierno reaccionario indígena de los ataques de la "democracia" imperialista más avanzada. El mismo criterio se aplica cuando los imperialistas combaten las medidas adoptadas por los gobiernos de los países atrasados, importando poco que estas medidas sean limitadamente reformistas.

Esta premisa justa ha servido para justificar una grave desviación nacionalista de tipo burgués en las filas de la izquierda de los países atrasados. Como se trata de defender a un gobierno nacionalista de los ataques del imperialismo, concluyen los traidores de la causa obrera que es deber de los revolucionarios cesar toda crítica a este tipo de gobiernos, precisamente porque están en conflicto con el imperialismo y, por tanto, el proletariado debe abstenerse de pelear por su propio gobierno (esta lucha supone necesariamente la crítica acre y la lucha contra el gobierno nacionalista que pugna por lograr su control político sobre las masas); y si el nacionalismo llama a los obreros, al partido revolucionario a sumarse a su gabinete, nadie puede excusarse, a riesgo de convertirse en sirviente del enemigo foráneo. La defensa del gobierno nacionalista de los ataques del imperialismo es una simple variable táctica, que obligadamente debe estar acompañada por la crítica de la conducta gubernamental nacionalista, que es contraria a los objetivos históricos del proletariado, de la gran línea política revolucionaria que es la lucha por el gobierno propio de la clase obrera.

La burguesía nacional más radicalizada de nuestra época no puede, de ninguna manera, ser considerada más revolucionaria que la burguesía de las revoluciones de los siglos XVII y XVIII, no puede ir más allá de los límites de la sociedad burguesa, esto aunque se disfrace con el ropaje de la tercera posición o de los países no alineados. El imperialismo actúa generalmente a través de la derecha criolla. Ante los ataques de ésta o de las capas feudales, los revolucionarios defenderán a los gobiernos nacionalistas progresistas, dentro de los lineamientos que dio Lenin en el segundo congreso de la Internacional Comunista; a condición de que permitan la libre organización del proletariado y del partido revolucionario.

Frente al levantamiento reaccionario y fascista o a la invasión de las fuerzas imperialistas o de los gobiernos que son sus agentes, el proletariado y su partido empuñarán las armas para aplastar físicamente a la reacción creándose así, de hecho, un frente común momentáneo con el gobierno nacionalista. No se trata de incurrir en el error de llamar a las masas a sumarse al gobierno amenazado (lo que importaría renunciar a la dirección de los explotados), sino de convocarlas

a ganar las calles para aplastar a los facciosos, bajo la dirección del partido del proletariado. No se trata, propiamente, de defender al gobierno, sino de acabar con el fascismo, para abrir así el camino hacia la toma del poder por la clase obrera. Los bolcheviques se levantaron para aplastar a Kornilov, pero no vivaron a Kerensky, ni se olvidaron de derrocarlo. Los nacionalistas han criticado que el partido hubiese dicho en momentos en que iba a funcionar la Asamblea Popular, pese a la oposición del gobierno, que el proletariado no tendría más camino, para cumplir su misión histórica y para acabar con el fascismo, que derrocar a Torres, ciertamente democratizante, pero colocado como obstáculo en el camino de la conquista del poder. Esta táctica, condicionada a nuestra estrategia revolucionaria se ajusta debidamente a la concepción bolchevique y en nada tiene que ser rectificada.

Fijada la estrategia de la toma del poder por el partido político del proletariado, la táctica que se adopte, conforme a las condiciones políticas imperantes en determinado momento (por ejemplo, lucha de las masas contra la conspiración fascista y, por tanto, virtual frente con el gobierno) no puede transformarse en estrategia pues esto significaría desechar la perspectiva de la toma del poder y convertir en finalidad política central la colaboración y defensa del gobierno nacionalista. Ciertamente que los desviacionistas de derecha incurren en este error. Todo lo que se haga debe invariablemente tener como referencia la finalidad estratégica fijada en el programa del Partido. De ahí se deduce que los pasos tácticos que se adopten son buenos si nos aproximan a la conquista del poder, para lo que es preciso defender intransigentemente la independencia de clase, el fortalecimiento del Partido, lo que sólo es posible si no se abandona su propia bandera de combate, y la conquista de las masas, lo que importa la crítica y la lucha contra sus direcciones tradicionales, entre ellas el nacionalismo de contenido burgués.

La variante táctica de la lucha armada contra la conspiración fascista y el frente circunstancial y virtual con el gobierno nacionalista, no es la táctica maestra y única de la clase obrera. Esta táctica debe ser fijada con miras a convertir al proletariado en caudillo nacional y a fortalecer la alianza obrero-campesina, pues estos pasos son los que deben conducirnos a la toma del poder político.

No se trata de que los movimientos nacionalistas se transformen en socialistas, si esta herejía fuese verdad, lo justo sería integrarse a esos movimientos de contenido burgués, para, desde dentro, acelerar esa transformación. Los procesos nacionalistas serán políticamente derrotados por el movimiento anti-imperialista dirigido por el proletariado y suplantado por éste.

Los gobiernos y movimientos nacionalistas son, en último término, contrarios a la revolución social y a la dictadura del proletariado; pero, pueden excepcionalmente asumir actitudes contra la opresión nacional por parte del imperialismo y propugnar un programa de realizaciones democráticas, es por esto que pueden arrastrar detrás de sí a las masas populares. Las revoluciones en los países atrasados tienen que cumplir, entre otras cosas, tareas democráticas, en un período en que la burguesía en general, y también la nacional, han dejado de ser revolucionarias, es decir, que los movimientos nacionalistas acaudillados por la burguesía o su sucedánea la pequeño-burguesa, están orgánicamente imposibilitadas de materializar la liberación nacional. Que los nacionalismos burgués y pequeño burgués, pese a su lenguaje radicalizado y al apoyo de masas con el que pueden contar, están condenados a concluir postrados de hinojos ante el enemigo foráneo, esto se debe, más que al proceso de descomposición que vive el imperialismo, al terror que sienten frente a un proletariado nativo, no importando que sea poco numeroso y víctima de la incultura general del país, que se ha incorporado a la lucha, ha adquirido fisonomía propia de clase y marcha amenazadoramente tras sus propias consignas, poniendo en serio riesgo a los gobiernos nacionalistas y a las direcciones políticas que los apuntalan, pugnando por



sobrepasarlos políticamente, lo que supone un ataque frontal al régimen de la gran propiedad privada. Los gobiernos y movimientos nacionalistas ven zozobrar, ante la arremetida de las masas explotadas timoneadas por la clase obrera, no un conjunto de principios o enunciados abstractos sino sus intereses materiales, por eso buscan apoyo y ayuda en el imperialismo, para poder rechazar violentamente a la clase obrera nativa y a las masas movilizadas detrás de ellos.

4. La Perestroika constituyó el punto culminante de la política contrarrevolucionaria de la burocracia estalinista, expresión de las presiones ejercitadas por la reacción imperialista y por las tendencias conservadoras rusas contra la obra de la revolución de Octubre.

La burocracia marginó a la clase obrera y a su política revolucionaria del Estado y del Partido Comunista Ruso, frenó el desarrollo de las fuerzas productivas al dar una orientación torcida a la estatización de los medios de producción, a la economía planificada y al monopolio del comercio exterior, lo que se tradujo en malestar económico, en retardo tecnológico, consiguientemente en el agravamiento de las desigualdades económicas y sociales. El Estado, que nació como dictadura del proletariado, como democracia para la mayoría de la población, fue deformado monstruosamente y adquirió los rasgos de dictadura burocrática y sanguinaria.

La propiedad estatizada no fue puesta al servicio del tránsito hacia la sociedad sin clases, sino de la burocracia corrupta y antiobrera.

En la base de la degeneración de la revolución de 1917 se encuentra su aislamiento en un mundo dominado por la opresión imperialista, que comenzó con la derrota de la oleada revolucionaria que siguió en Europa a la victoria de Octubre. La teoría del socialismo en un solo país y la disolución de la Internacional Comunista consagró la conducta del Kremlin contra los intereses de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y del proletariado mundial.

La Perestroika llevó a su punto extremo los golpes de la burocracia contra las bases económicas del Estado Obrero, orientados hacia la restauración del capitalismo, de la economía de mercado. En el doloroso parto de la nueva sociedad se operan retrocesos profundos con rasgos trágicos.

Sin embargo, la momentánea restauración capitalista -que tiene lugar bajo el aplauso del imperialismo- no logrará el rejuvenecimiento de este sistema caduco, contrariamente no tardará en ser barrido por la revolución proletaria.

La ausencia del Partido Revolucionario del Proletariado, de la Cuarta Internacional no permitió la victoria de la necesaria revolución política en los estados obreros degenerados, a pesar de la arremetida de las masas que se dio en esos países, junto a la descomposición del estalinismo producto de la lucha interna que se dio en el seno del gobierno soviético (Yeltsin-Gorbachov), que terminó a favor del primero.

En Bolivia el trotskismo se convierte en la dirección ideológica de las masas por el aniquilamiento del estalinismo que ha jugado tradicionalmente el papel de sostén del reformismo, del nacionalismo burgués y de la burocracia sindical.

El abandono de la lucha de clases por parte del estalinismo, que se presentó como coexistencia pacífica entre diversos sistemas sociales, derivó en el servilismo de Gorbachov al imperialismo, cuyo sucio papel en el conflicto del Golfo Pérsico y en la solapada campaña contra Cuba, condenada a ser sacrificada por los lacayos del capitalismo, merece el franco repudio de todo

revolucionario.

5. La clase obrera tiene sus propios métodos de lucha, creaciones de ella y que son respuestas a la necesidad histórica de vencer los obstáculos que se oponen en el camino de su liberación o del simple mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo. En la base de estos métodos se encuentra la movilización y acción directa de masas. El proletariado, que tiende a convertirse en caudillo nacional, modifica con su presencia el escenario nacional y las relaciones entre las clases sociales, impone a las masas explotadas sus métodos de lucha: la huelga ,por ejemplo. A su vez, retoma algunos métodos que son propios de las otras clases sociales (las guerrillas protagonizadas por las masas, la lucha parlamentaria, etc.) pero no se limita a copiarlos sino que los modifica, les da un carácter proletario.

El foquismo, el terrorismo urbano y otras manifestaciones encubiertas son típicamente pequeño burguesas y se caracterizan por ignorar a las masas, por ser elaboradas y ejecutadas a sus espaldas, esto aunque se reclamen de la clase obrera. Para nosotros, la revolución social será hecha por las masas o ésta no ocurrirá. Contrariamente, los grupos foquistas comienzan por suplantar a las masas en su acción revolucionaria y consideran que ellos a nombre de los explotados, sin que éstos tengan que sacrificarse ni derramar su sangre, harán la revolución socialista, etc. Los explosivos más poderosos no son capaces de sustituir la gran capacidad revolucionaria de las masas. En determinadas circunstancias, la actividad ultraizquierdista puede separarse tanto de la orientación que siguen las masas, que puede concluir coadyuvando a la reacción.

El foquismo y todas sus variantes han pretendido sustituir al partido revolucionario invocando el pretexto de su burocratización y degeneración, inventando una panacea para superar, como por ensalmo, las tremendas dificultades que hay que vencer en el camino de la estructuración de la vanguardia revolucionaria. Las tendencias revisionistas dentro del foquismo (que parten del reconocimiento de que es imposible una acción revolucionaria marginada de las masas) sostienen que todo lo que hacen tiene el sentido de la propaganda y de la concientización de los trabajadores por la acción y el ejemplo. Se trata de una simple ilusión. No es el problema de conectarse por las cumbres con los sindicatos, de hacerles llegar regalos o de presentarse ante ellos esporádicamente, para lanzarles arengas o panfletos, sino de trabajar en el seno de ellos cotidianamente (no como organización foquista armada que necesariamente, debido a su propia naturaleza, se separa de las masas), de luchar codo a codo con los explotados incluidas sus capas más atrasadas, alrededor de las reivindicaciones más pequeñas, de aquellas que se refieren a las necesidades inmediatas. Así el Partido se forma y se temple en el seno de las masas, es la expresión de la conciencia clasista, cumple la función fundamental e irremplazable de asimilar críticamente la experiencia diaria vivida por los trabajadores y de generalizar sus enseñanzas de manera que se conviertan en patrimonio de toda la clase proletaria. De aquí se desprende que el Partido constituye el elemento fundamental de la evolución de la conciencia de clase. El grupo foquista no puede cumplir ninguna de estas funciones, que son las esenciales de la organización partidista.

El foquismo subordina la política a las acciones militares, en esta medida deja de realizar política clasista, desde el punto de vista proletario. La estrategia consiste en la conquista del poder y todos sus movimientos se subordinan, gracias a la dirección partidista, a esta finalidad. La táctica (los métodos de lucha que se emplean) están subordinadas a la estrategia y pueden aproximar o alejar a la clase de la conquista del poder. El foquismo y el terrorismo urbano se pierden en las

maniobras y tácticas que, por no consultar el estado de ánimo y nivel político de las masas, no están referidas necesariamente a la estrategia; es la táctica la que concluye convirtiéndose en aquella. Las masas tienen que madurar para emplear determinados métodos de lucha, empleo al que se ven compelidas por el desarrollo político y por su propio grado de evolución.

Los métodos de lucha que son válidos en determinadas condiciones políticas, se tornan inadecuados en otras. Para el grupo foquista hay un solo método de lucha, para el que se ha organizado, entrenado, pertrechado, lo peor consiste en que pretende imponer autoritariamente a las masas este método, convertido en receta valedera en todas las circunstancias.

El foquismo y el terrorismo urbano, métodos que han probado su inutilidad en un siglo de peripecias y pese a la espectacularidad que pueden adquirir, son extraños a las masas, son posturas antipartidistas y contrarias al marxismo.

Los trotskistas desahuciamos el foquismo pero reivindicamos la guerrilla, que debe entenderse como una forma de lucha armada de las masas enfrentadas con un enemigo más poderoso por su capacidad bélica, por su número, por su organización, como uno de los métodos del proletariado, gracias a la asimilación de la experiencia histórica del país y de los oprimidos de todas las latitudes; se apropia y le imprime nuevas perspectivas. La guerrilla en nuestra época y como método subordinado a la estrategia proletaria, tiene que corresponder a la movilización de la clase obrera y de las masas explotadas y ser la expresión de la acción directa. No es la guerrilla el grupo armado que viene a una determinada localidad desde el exterior y actúa como fuerza extranjera, comprando el apoyo de los habitantes mediante los precios políticos que pagan por las mercancías; la guerrilla tiene que ser carne de la carne de la población, vivir en medio de ella, y de ella, utilizándola como cobertura para sus movimientos.

El foquismo, luego de fracasar en todas sus experiencias en América Latina, se ha desplazado al campo burgués y ahora apunta al régimen capitalista en su forma democratizante.

La crítica despiadada del foquismo y del terrorismo urbano se impone como una necesidad y es, para nosotros, uno de los elementos para la construcción del Partido revolucionario.

Están equivocados quienes consideran que el estalinismo puede ser salvado por el camino de apuntalar a los gobiernos cubano y chino. Lo más probable es que estos países sigan el mismo camino de Albania.

China se ha entregado al capital financiero a través de las transnacionales que invaden su territorio y Cuba se ve empujada a brazos del imperialismo, después de ser abandonada por el estalinismo restaurador del capitalismo en Rusia. Ahora el castrismo busca apoyo en los gobiernos burgueses para su reingreso a los organismos internacionales controlados por el imperialismo.

Su salvación solamente será posible con el apoyo multitudinario de las masas latinoamericanas y del mundo entero, que protagonizarán el aplastamiento del capitalismo en todas las latitudes.

## **II. LAS CLASES SOCIALES, LA PENETRACIÓN IMPERIALISTA Y LA NATURALEZA DE LA REVOLUCIÓN**

1. Bolivia es un país capitalista atrasado integrante de la economía mundial y de desarrollo combinado que resume los estadios principales por los que ha pasado la humanidad en su historia (la última palabra de la técnica capitalista y las manifestaciones económico-sociales precapitalistas). Como indicó Trotsky, sus características nacionales no son más que un reflejo de las leyes del capitalismo en su particular estructura.

Bolivia, no sólo vive las peripecias del mercado mundial, sino que está sometida a las leyes del capitalismo, una de ellas se refiere al carácter mundial que adquieren los procesos y fenómenos en nuestra época. Este mismo criterio debe aplicarse cuando se habla de fuerzas productivas; ya no es posible considerarlas dentro las limitaciones nacionales. Bolivia como país aislado (lo que puede plantearse únicamente en el plano de las suposiciones y que no corresponde a la realidad ni a un criterio científico), ciertamente que no está madura para una revolución acaudillada por el proletariado minoritario; con sus solas fuerzas no podrá llegar al socialismo. Ha sido incorporada a la economía mundial por presiones foráneas, el capitalismo no ha sido para ella el producto de una evolución interna, sino que ha llegado como una fuerza opresora y explotadora desde el exterior, ciertamente que para poder apoderarse del país ha contado con el apoyo de las clases dominantes; hemos seguido la suerte del capitalismo bajo el látigo de las grandes potencias. Hemos asimilado las grandes adquisiciones del capitalismo a saltos, las metrópolis nos han transformado a su modo y conforme a sus intereses materiales, sin interesarles el porvenir del país en su conjunto; mientras unas ramas de la economía fueron revolucionadas y se impuso en ellas el modo de producción capitalista, la técnica más adelantada y el régimen del salario, otras permanecieron estancadas y hasta retrocedieron, en algunos casos más allá de la colonia y del incario, etc. Bolivia fue convertida en país monoprodutor de minerales, algunos de ellos estratégicos para los programas trazados por el imperialismo, obedeciendo a la división internacional del trabajo; dependiendo su comercio, su presupuesto, sus posibilidades de importación casi exclusivamente del estaño. Las minas de plata hasta fines del siglo XIX y en la presente centuria las de estaño, han modelado la política, la economía, la historia y, en una palabra, la cultura boliviana. Ciertamente que la geografía y la historia del país abrieron la posibilidad de una Bolivia minera, pero la explotación exclusiva de minerales (en verdad, se trata de una industria minera no diversificada, sino casi exclusivamente estañífera), como un dogal estrangulador de la economía nacional, como una fuerza deformante y obstaculizadora del progreso integral, fue impuesta a los bolivianos por el imperialismo, sin consultar y violentando sus intereses más elementales. Los propios intereses foráneos, cuando fue preciso ajustar los métodos de explotación del país, auspiciaron la modernización de ciertos aspectos de la economía, su diversificación e inclusive una incipiente industrialización.

Una concepción científica y correcta nos obliga a considerar a las fuerzas productivas (entre ellas la clase obrera como fundamental) como un factor internacional y como tal se encuentran maduras en extremo para la revolución socialista, se puede decir que se están desintegrando. Esta es una de las consecuencias de que Bolivia sea parte de la economía mundial. Así como no llegamos por nuestras propias fuerzas al capitalismo, tampoco hemos tenido tiempo de madurar internamente, de manera orgánica y lenta, para hacer posible la revolución socialista acaudillada por la clase obrera, esta madurez nos ha sido impuesta por el desarrollo del capitalismo mundial,

por su influencia decisiva en el país. Bolivia ya vive el capitalismo, como un sistema rezagado, de poco desarrollo, consecuencia de su atraso, de su miseria. No existen posibilidades ni tiempo para que conozca un desarrollo capitalista integral y libre.

Las fuerzas productivas chocan contra las relaciones producción precapitalistas que impiden el desarrollo del país partiendo de las adquisiciones del capitalismo mundial, y también con las relaciones de producción capitalistas (imperialistas), Pero esta contradicción fundamental no debe entenderse como un puro enfrentamiento entre el capitalismo y la supervivencias feudales y patriarcales, que por muy notables que sean no dejan de ser supervivencias en el seno de un país que es parte de la economía mundial sino más bien como el choque, a veces encubierto y a veces franco y sangriento entre las fuerzas productivas encarnadas en el proletariado anticapitalista y las relaciones de producción burguesas, sintetizadas en la opresión imperialista sobre el país, y las relaciones precapitalistas. Así el desarrollo combinado se expresa en un particular comportamiento de las fuerzas motrices de nuestra historia.

**2** El hecho de que Bolivia se hubiese incorporado demasiado tarde a la economía mundial, cuando en el escenario ya aparecía el imperialismo que ha llevado a extremos virulentos la tendencia del capitalismo de penetrar a todos los rincones del mundo para explotarlo económicamente y dominarlo políticamente, ha tenido decisiva influencia. Las grandes potencias estaban ya conformadas y el mundo había sido repartido entre ellas; Bolivia no pudo sentarse en la mesa del banquete de los grandes y fue reducida a la condición de una semicolonía, cuyo territorio y riquezas motivaron la disputa entre los intereses antagónicos del imperialismo inglés y norteamericano, fundamentalmente. Esta disputa modeló el carácter de la política nacional y de su diplomacia. No hemos tenido oportunidad ni tiempo para un desarrollo capitalista pleno e integral; sobre esta miseria material no ha podido desarrollarse debidamente la democracia burguesa formal, sino que nos obligaron a acomodarnos a las necesidades del amo imperialista, acomodamiento que se ha proyectado en los campos político y diplomático y ha reducido a los gobiernos indígenas a la condición de títeres obedientes a los mandatos de la City de Londres o de Wall Street. Las garantías democráticas se ven constantemente disminuidas por las exigencias de la metrópoli en sentido de aplastar drásticamente toda protesta de los explotados.

A partir de la época en que se confundían los siglos XIX y XX, Bolivia no conoció un desarrollo capitalista integral, esto cuando se produjo una impresionante invasión de capitales que hicieron surgir, como por encanto, grandes concentraciones humanas en los páramos andinos, acortaron las distancias entre las minas y los puertos marítimos con ferrovías, introdujeron la electricidad, las perforadoras de aire comprimido, etc., en el gran negocio que era perforar las rocas y que sirvió para edificar pirámides financieras mundiales y no para despertar de su letargo a las riquezas desparramadas a lo largo y ancho del territorio nacional; cuando la exportación de la cascarilla, la quina y la goma se convirtió en una leyenda de bonanza, que se esfumó en manos de los intermediarios de hábitos y mentalidad feudales y no sirvió para cimentar económicamente la industrialización del país; cuando, por necesidades impuestas por la transformación capitalista de ciertas ramas de nuestra economía, se modernizaron la enseñanza sustituyendo la palmeta y el silabario heredados de la colonia con la metodología modernizada, presuntuosa y extranjerizante de la misión Rouma, y el ejército caudillista y montonero, donde el azote era el símbolo de la disciplina y su misión impuesta por los dueños de pongos e imperaba la rabona, curiosa mezcla de mitani, amante y guerrillera, reemplazándolo por las fuerzas armadas que cuentan con el Colegio Militar, con misiones extranjeras, con uniformes y tácticas servilmente copiados del extranjero, con armamento último modelo, con ayuda y empréstitos extranjeros y

con la nueva misión de defender los intereses excluyentes y ofensivos de los inversionistas y de las roscas económicamente poderosas, además de seguir apuntalando a los caudillos de turno, todo bajo el pretexto de salvaguardar la intangibilidad de ese manoseado cuadernillo donde, se amontonan incoherentemente abstracciones demo-burguesas, mal copiadas de textos clásicos y que se llama Constitución Política; cuando se consumó la Reforma Universitaria protagonizada por la acción multitudinaria de estudiantes radicalizados de la izquierda democratizante, todos timoneados desde las sombras por la masonería, tenebroso cerebro al servicio de la rosca minera, es decir, por el temible tentáculo del imperialismo, reforma que borró, más formal que efectivamente, los rasgos coloniales de la actividad académica, a fin de formar eficientes servidores de los nuevos amos de la situación; cuando la farsa parlamentaria pretendía revestir ropaje severo y los “oradores famosos”, fama hecha de propaganda interesada más que de talento, distraía la atención de las masas empujadas a la indigencia en medio del torrente de mercancías extranjeras lanzadas al mercado por un comercio controlado por manos e intereses foráneos y de una clase obrera que regaba con su sudor y su sangre los socavones heredados de centurias pasadas y nuevamente desahogadas y perforadas por el capitalismo internacional.

Ahora, mucho menos que antes, no se puede esperar que el progreso e industrialización integrales puedan darse dentro de un marco capitalista, ahora es demasiado tarde para que esta vana esperanza pueda traducirse en realidad. El mundo capitalista se hunde, el imperialismo muy dificultosamente sobrevive, en medio de convulsiones económicas y bélicas, idea métodos refinados para acentuar su saqueo de las zonas que están bajo su influencia y hace concesiones “democráticas” a sus virtuales esclavos. Los países sometidos a la férula del capital financiero y que abrieron sus entrañas para contribuir al imponente poderío de las metrópolis imperialistas, ahora tienen que seguir sudando sangre para ayudarles a poner a salvo su maltrecha economía, para solventar sus astronómicos presupuestos belicistas, etc. El imperialismo ha alentado una parcial industrialización de algunos países atrasados porque así convenía a sus intereses. La metrópoli tiene actualmente como preocupación central salvarse a sí misma de la bancarrota y en estas circunstancias no tiene el menor reparo en asestar rudos golpes a las endebles economías de los países dependientes, llegando a perjudicar seriamente inclusive a los gobiernos indígenas que lo defienden obsecuentemente. La regla es invariable: primero y sobre todo son colocados los intereses de la metrópoli y solo subsidiariamente se presta atención a las necesidades de los lacayos.

Los pactos regionales de desarrollo, los vanos intentos de lograr la integración económica del continente, concluyen tarde o temprano, manipulados por el capitalismo financiero, orientados por intereses extraños a los de los países latinoamericanos. Wall Street utiliza estos proyectos para canalizar sus capitales, para continuar dominando a todo el continente. La respuesta imperialista a los sueños de algunos “nacionalistas” y “burgueses progresistas” criollos no se ha dejado esperar: las empresas multinacionales. Las sociedades mixtas son caretas nuevas que usa el viejo capital financiero, rapaz y sin entrañas. Los países americanos, impotentes en medio de su atraso, de su parcelación, del servil sometimiento de sus gobiernos a los dictados de los amos foráneos, no se cansan en disputas por saber quién se lleva la parte del león de los pactos regionales, pese a que para ellos sólo quedan las migajas, porque los más valiosos están ya controlados por los grandes trusts. Los firmantes de estos acuerdos concluyen actuando como cabezas de puente de los intereses del capital financiero.

El régimen capitalista no es el camino de engrandecimiento de Bolivia, no es el marco dentro del cual conocerá plenamente la civilización porque no le permite asimilar a plenitud los grandes avances de la propia sociedad capitalista, sólo puede asegurarle miseria y explotación por

el imperialismo norteamericano. No hay para nosotros la posibilidad de desarrollo dentro del capitalismo, vale decir, no se podrá, bajo la dominación imperialista, cumplir plenamente las tareas democráticas que nuestro desarrollo histórico ha dejado pendientes, ésta es la raíz de la inoperancia y caducidad del nacionalismo pequeño-burgués. No llegaremos a ser gran potencia económica, militar, política o diplomática como país capitalista, dentro de nuestro sometimiento a Estados Unidos de Norte América, sólo podemos seguir siendo el lacayo que patalea impotente para pedir un mejor trato y protección del amo.

Bolivia sufre las consecuencias de su integración al capitalismo y de su tremendo atraso; una de las manifestaciones de ese retraso se expresa en la casi desintegración del país, social y políticamente en el regionalismo multifacético; unas zonas viven su propia vida con prescindencia del resto. Unas veces este problema es digitado por la derecha reaccionaria, pretendiendo aislar a determinadas zonas para entregarlas al dominio derechista. Consecuente con el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas o de las regiones geográficas que se sienten preteridas u oprimidas, el Partido Obrero Revolucionario no se opondrá a la federalización del país cuando tome el poder y no olvida que ciertos movimientos federalistas, como el de Andrés Ibáñez de Santa Cruz (fines del siglo XIX) fueron progresistas y hasta con tintes socialistas.

Se ha planteado, como solución al problema regional, la descentralización administrativa. No se trata simplemente de manejar mejor los gobiernos regionales, sino de crear riqueza, para lo que es insuficiente la descentralización. Los gobiernos burgueses carecen de posibilidades para lograr el desarrollo global de la economía, por esto no podrán resolver el agudo problema regional, importando poco las leyes que se dicten.

El gobierno, impotente en medio de la miseria, ha abandonado y abandona a su propia suerte a gran parte de los departamentos, particularmente a los de la periferia. La respuesta popular a tan lamentable estado de cosas se ha dado y se da en las tendencias centrífugas del regionalismo, del localismo, del federalismo y hasta del separatismo, cuya vigencia y posibilidad de explosión en cualquier momento no puede ponerse en duda.

El poco desarrollo capitalista del país se traduce en un raquítico presupuesto y en el constante regateo gubernamental alrededor del escamoteo a las regiones de la entrega de regalías por la explotación del petróleo, de minerales, etc.

La respuesta a esta tragedia ha sido la aparición de Comités Cívicos regionales, que con frecuencia movilizan al conjunto de la población contra el mal gobierno central. Corresponde que la clase obrera dirija políticamente estas organizaciones; al margen de ellas no puede esperarse la victoria de la lucha popular contra la opresión nacional y social. A veces la lucha regional se confunde con la demanda del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades nativas oprimidas.

Las autonomías departamentales que se convirtieron en bandera de lucha de las regiones de la mal llamada "Media Luna" durante el segundo lustro del siglo XXI, son un planteamiento democrático burgués que no hace a la esencia estructural del sistema. Las autonomías no son buenas ni malas en sí y hasta pueden optimizar en cierto grado la administración estatal. La historia del país nos demuestra que de tanto en tanto las tendencias localistas, centrífugas y hasta separatistas se expresan en movimientos de masas cuya dirección depende de la particular correlación de fuerzas que establecen, en cada episodio de la lucha de clases, distintos grupos sociales.

La unidad nacional, que adecuadamente se expresa en el gran Estado nacional soberano, ha sido obra de la burguesía revolucionaria, que así ha potenciado el mercado nacional creado por el capitalismo en su ascenso como parte del mercado mundial.

En Bolivia no existen amplio mercado interno, unidad ni gran Estado nacionales, consecuencia de la persistencia del precapitalismo con su enorme peso del atraso. La burguesía al no poder desarrollar de manera global e independiente el capitalismo, no crea el mercado interno y, en esta medida, tampoco impulsa la unidad nacional ni pone en pie el gran Estado nacional soberano; tan importante -o acaso todavía más- que una floreciente democracia formal.

En el marco del régimen social imperante no existen posibilidades para la creación del mercado interno, de la unidad nacional y del gran Estado nacional soberano, estos objetivos solamente podrán ser materializados después de la victoria de la revolución proletaria.

El precapitalismo es el terreno fecundo para el surgimiento de las republiquetas, del localismo, del regionalismo, del separatismo. Estas tendencias centrífugas no permiten el avance de la unidad nacional. Algunas tendencias burguesas propugnaron -como parte de su programa- la creación del gran Estado y unidad nacionales, estas propuestas siempre acabaron en un fracaso.

El atraso del país es sinónimo de pobreza -de extrema miseria-, situación en la que el gobierno central no puede atender las premiosas necesidades de las regiones, particularmente de las alejadas. Una tendencia predominante atribuye la inconducta gubernamental a la perversidad del presidente de la república de turno y al marcado centralismo estatal, una vieja tradición boliviana. Casi nadie señala la verdadera causa del fenómeno, el poco volumen de la producción boliviana, consecuencia del poco desarrollo del capitalismo.

La solución de este problema radica en lograr un gran desarrollo económico del país, algo que ya no está en manos de la burguesía nativa.

Los planteamientos regionales obstaculizan los planes y actividad del gobierno, porque colocan en un primer plano las exigencias localistas, que con frecuencia violentan, la política general.

Los movimientos regionales seguirán siendo poderosos, esto debido a las motivaciones que los generan y porque tienen capacidad para llevar a la lucha al grueso de las masas de gran parte del país. La dirección revolucionaria, la lucha por una sociedad mejor no puede ignorarlos; corresponde a la dirección revolucionaria trabajar para que el movimiento acaudillado por el proletariado se fusione con la lucha regional que constituye contingente valioso en la batalla contra la barbarie capitalista.

Los movimientos regionales deben ser potenciados por el impulso que les den los explotados y la dirección política del proletariado, apuntalando la conformación de poderosos órganos de poder obrero-popular regionales en la perspectiva de que la solución radical de sus problemas será posible en el marco de la destrucción revolucionaria del capitalismo. El gobierno obrero campesino o dictadura del proletariado, desarrollará a plenitud a las fuerzas productivas, forjará la unidad nacional y así podrá resolver de manera efectiva el atraso de las regiones, particularmente de las periféricas.

El desarrollo integral y armónico de Bolivia, su ingreso pleno a la civilización, que es una necesidad histórica, se logrará únicamente cuando se derribe la muralla imperialista que impide el cumplimiento de ese objetivo; cuando se superen las relaciones de producción burguesas-imperialistas y precapitalistas, todavía imperantes en parte de nuestro territorio, es decir, cuando se consuma la revolución acaudillada por el proletariado, cuando se instaure el gobierno de los



obreros y campesinos y se abra, así, la perspectiva de la sociedad socialista. Entonces se podrá decir que se ha dado un firme paso hacia la constitución de los Estados Unidos Socialistas de América Latina que permitirán la integración continental, la solución de innumerables problemas que ahora parecen insolubles etc.

**3.** La opresión imperialista es nacional en la medida en que alcanza a toda la nación y no únicamente al proletariado, suficiente recordar que se ha convertido en el mayor de los obstáculos para la revolución económica y tecnológica de los sectores rezagados de nuestra economía, que tiene sometido al gobierno boliviano a su voluntad, que dicta el curso que debe seguir la política, la economía y la diplomacia. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Desarrollo, el Banco Mundial, la CIA, la OEA y el pentágono son los verdaderos amos de Bolivia. Puede ser que las masas campesinas no palpen directamente al imperialismo, pero soportan las consecuencias de su presencia en el país, pues es una consecuencia de ella el atraso secular en el que se debaten, porque tienen que soportar las tremendas exigencias de las fluctuaciones y juegos monetarios, porque es él quien impone la tributación universal y es autor, entre otros excesos, del impuesto predial rústico.

Hemos indicado que prácticamente la penetración imperialista es la que ha configurado a Bolivia como la vemos en la actualidad. Esta modificación no sólo se ha producido en el campo de la economía, sino que tiene relación directa con la nueva fisonomía de las clases sociales y con la particular mecánica entre ellas imperante en el país, común por otra parte a todos los países atrasados.

**4.** El proletariado boliviano es prácticamente hijo de la penetración imperialista, formado alrededor de la explotación de las minas y particularmente durante el ciclo estañífero, presenta una juventud extremada no sólo porque el promedio de vida que permite las condiciones de insalubridad y riesgo de la industria básica no alcanza a los 35 años, sino porque su historia alcanza apenas a un siglo. A diferencia de lo que ocurre en otros países, se trata de una clase obrera que no ha recibido la influencia de corrientes migratorias, es íntegramente indígena, nutrida de desmembraciones campesinas, artesanales y, en menor medida, de la pequeña burguesía de las ciudades, características y tradiciones de las seculares luchas campesinas se proyectan en el proletariado boliviano.

Uno de los rasgos característicos del capitalismo está constituido por las grandes concentraciones obreras, marco adecuado para el desarrollo de la producción social. La fuerza de la clase obrera arranca de estas grandes concentraciones. La importancia económica y política de una empresa también se expresa en el número de los trabajadores que emplea. Un gigante de la producción retiene en sus manos resortes vitales de la vida de todo el país. Las minas, son el nervio de Bolivia y en ella se concentró la mayoría de la clase obrera, no es casual que Siglo XX pasa a la historia como el timonel de la política revolucionaria y sindical, pues nadie olvida que fue la mina más grande, que de ella dependía gran parte de la economía nacional y que en ese centro se aglutinó una gran masa proletaria, la mayor concentración de su tipo. En las ciudades no son despreciables los obreros de fábricas, pero están desperdigados en pequeños sindicatos. La fuerza de la clase se diluye en esa dispersión. Los constructores están diseminados en empresas de escaso volumen y su ocupación es eventual en el resto del país, los constructores son más artesanos que proletarios. Los petroleros arrancan su fuerza de la decisiva importancia que tiene la explotación de hidrocarburos para la economía nacional. Llegará el momento en el

que los petroleros encarnen la política del proletariado.

El desarrollo económico sorprendente del Oriente, asiento de una floreciente industria agropecuaria con miras a la exportación, ha motivado la aparición del proletariado agrícola, todavía minoritario y muy nuevo. Este sector se encuentra muy influenciado por la burguesía agroindustrial (que tiende a potenciarse), lo que explica que secunde los trajines regionalistas de éste; el Proletariado agrícola tiene decisivo peso, en el sindicalismo cruceño. Corresponde al movimiento revolucionario ganar políticamente al nuevo sector proletario y organizarlo para futuras luchas. La lucha en común entre el proletariado de las ciudades, las minas del Oriente, enseñará que esta unidad se da bajo la dirección de la clase obrera de las ciudades.

Las relaciones capitalistas tienden a expresarse de manera pura sobre todo en los obreros agrícolas temporales.

El proletariado es una de las clases más homogéneas (teniendo en cuenta la heterogeneidad sorprendente de los campesinos y de la clase media de las ciudades, por ejemplo) y, sin embargo, está compuesto de diversos estratos que muestran algunos rasgos diferenciales, lo que le permite nutrir los efectivos de varios partidos políticos. No todos los partidos obreros son revolucionarios; sólo lo es el que expresa los intereses históricos del proletariado, cosa que no pueden hacerlo, por otra parte, los sindicatos.

Entendámonos: los proletarios no son revolucionarios y politizados en gran medida porque son mineros o porque pertenecen a los sindicatos más grandes. Estas características no hacen más que crear la posibilidad de que esto ocurra, el que se convierta en una tangible realidad se debe a la acción partidista del trotskismo en esos centros obreros, a la propia experiencia de la clase y a la manera en que se ha estructurado. El marxismo no nace espontáneamente en el seno de la clase, viene de fuera, a través del partido político. Es en esta capa donde el Partido Obrero Revolucionario recluta al grueso de su militancia. A esta vanguardia solamente en momentos de tensión de la lucha de clases se le suelda el grueso de las masas y los intereses de ambos aparecen confundidos. De una manera general media cierta distancia entre uno y otro, que se torna peligrosa cuando se ahonda y la vanguardia aparece aislada. En los momentos de reflujos, de aflojamiento de la vida sindical, el grueso de las masas se torna insensible a los llamados de su vanguardia y muchas veces marcha francamente contra ella.

En el otro extremo está la masa semi-proletaria (visible en las minas, entre los fabriles y la construcción), formada por los obreros temporales, particularmente campesinos, que van a las minas y a las fábricas atraídos por los salarios para ellos altos, aprovechando los períodos de poco trabajo que media entre la siembra y la cosecha. Esta estraza no muestra interés alguno por las actividades políticas y sindicales y se limitan a trabajar para ahorrar algún dinero; las más de las veces, los obreros temporales se trasladan a los centros de trabajo llevando su alimento.

Son un lastre para vida sindical, si se exceptúan los momentos de excesiva agudización de la lucha de clases, en los que son arrastrados por la vorágine revolucionaria. Los obreros sometidos a contratos eventuales y maquipuras (formas ideadas para burlar los beneficios sociales acordados por las leyes), son víctimas de una gran miseria por haber salido apenas de largas cesantías, se someten dócilmente a las exigencias patronales. En lo que se refiere a la vida sindical y política están muy próximos a los semi-proletarios. El Partido debe luchar sistemáticamente por la abolición del sistema de contratos eventuales y por la incorporación a planillas de los obreros hasta ahora explotados bajo la modalidad y el régimen de los maquipuras.

En la periferia de las minas han proliferado las organizaciones cooperativistas y de arrendatarios que alquilan la COMIBOL los parajes y minas marginales, cuyos trabajos fueron paralizados debido a los excesivos costos o a la extrema pobreza de los filones de mineral, se trata de miles y miles de mineros, que producen en condiciones tecnológicas propias de la colonia, benefician los minerales de manera manual en jornadas agotadoras y empleando generalmente a toda la familia. La Corporación Minera de Bolivia se ha convertido en compradora de lo que producen estos obreros superexplotados, que no gozan de los beneficios sociales ni de protección alguna. Los cooperativistas bajo el capitalismo venden a degenerarse, a convertirse en explotadores de otros obreros.

Los sindicatos deben trabajar y luchar junto a los cooperativistas.

En medio de ambos polos está la gran mayoría de los trabajadores, empeñados únicamente en mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, forman el contingente mayoritario de la actividad sindical; en los períodos de normalidad social se desentienden de los grandes objetivos de lucha de los explotados, dan espaldas a las preocupaciones políticas. Podríase distinguir a quienes no gustan de la política en general de aquellos que repudian la militancia partidista. La vanguardia se fortalece cuando arrastra a esta mayoría de las organizaciones obreras y que es la que la vincula con el resto de los obreros. Si tomamos en cuenta que no existe una ruptura completa entre las actividades instintivas o puramente salariales con las políticas o conscientes se tiene que concluir que, partiendo de la experiencia diaria, esta capa mayoritaria, bajo la presión de su vanguardia y de la evolución política del país, en cierto momento, llegará a luchar políticamente.

El proletariado boliviano, al igual que el de los otros países, es la única clase revolucionaria por excelencia. Con esto queremos decir que sepultará a la sociedad burguesa actual para estructurar el socialismo, que no tiene nada en común con las formaciones económico-sociales pre-capitalistas ni nada que defender en el capitalismo. Por estas razones es la única clase social, desposeída de los medios de producción y obligada a vender su fuerza de trabajo para poder existir, que no tiene ningún interés material en perpetuar formas de presión de clase o de detenerse en ellas, pues suponen su explotación.

La misión histórica del proletariado boliviano es, pues, tomar el poder político e instaurar la dictadura del proletariado, para superar el atraso del país, arrasar con las formas económico-sociales pre-capitalistas, sepultar al capitalismo y abrir la perspectiva del socialismo.

Un partido es revolucionario cuando expresa los intereses históricos del proletariado y no únicamente cuando cuenta con obreros en sus filas.

Esta tarea histórica y la posibilidad de que la clase obrera se apodere de la doctrina revolucionaria arrancan del lugar que ocupa en el proceso de la producción, del hecho de que constituye el eje económico de la economía nacional.

El proletariado boliviano carece de tradición parlamentaria, como consecuencia del poco desarrollo de la democracia burguesa formal, de la ausencia de un pasado de predominio de las tendencias políticas reformistas, de la extrema agudeza que adquiere la lucha de clases. Ha resultado sumamente difícil que prosperen y enraícen en las masas las teorías acerca del paso pacífico y gradual de la actual sociedad al socialismo; los obreros sienten en su propia carne que todos los días los dueños del poder utilizan el garrote y el asesinato políticos para defender los privilegios de la rosca y del imperialismo y para mantenerse en el poder.

En la historia de la evolución política del país no encontramos fuertes partidos políticos reformistas, stalinistas o movimientos anarquistas considerables. Han vivido y pasado, sin dejar prácticamente huella. El reformismo y el menchevismo nos llegan, como manifestaciones de alguna influencia, a través del nacionalismo, el talón de Aquiles de esta tendencia radica en su prédica del colaboracionismo clasista.

La constitución de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (1944) marca un hito remarcable en la conquista de la independencia de clase, en la estructuración de una central obrera alrededor del proletariado y dirigido por él, lo que es más importante, en la fijación de una línea política revolucionaria que señala como perspectiva la conquista del poder. Esta estrategia y la táctica correspondiente se hallan resumidas en la “Tesis de Pulacayo” de 1946.

La clase obrera boliviana se ha estructurado a través de su experiencia en el seno de los movimientos nacionalistas de contenido burgués, cuando éstos se encontraban en la oposición y luego en el poder. Ha conocido en carne propia sus limitaciones y ha asimilado debidamente estas lecciones gracias al trabajo propagandístico y organizativo del Partido Obrero Revolucionario. El alto grado de su politización se mide un el hecho de haber superado las posiciones nacionalistas, inclusive las de sus tendencias más extremas, que son las que actúan en el campo sindical, en haber hecho imposible el fortalecimiento de las tendencias sindicalistas de tipo europeo.

El ciclo anterior de la economía parcialmente nacionalizada fue cortado a partir de las medidas impuestas por la llamada política económica neoliberal. El corte en la evolución del movimiento obrero se produce, principalmente, como consecuencia de la crisis estructural capitalista que empuja a la humanidad hacia la barbarie, que requiere de la destrucción periódica de parte de las fuerzas productivas que conjuró el retroceso de la fuerza de trabajo como consecuencia de la flexibilización laboral, la fragmentación, la desocupación masiva, etc.; así como entre los capitales privados y públicos, que supuso el fortalecimiento del capital privado sobre todo extranjero.

La crisis capitalista empuja a la burguesía imperialista a imponer planes de “reestructuración” en todo el planeta a partir de métodos que suponen la destrucción de muchas conquistas en el mundo laboral. Si sumamos a este fenómeno el derrumbe de los estados obreros degenerados de Europa Oriental, nos encontramos con el panorama de que el movimiento obrero mundial fue arrinconado después de sufrir derrota tras derrota. En Bolivia, la llamada “relocalización”, es decir el despido masivo de trabajadores mineros, fue un severo golpe a la vanguardia del proletariado en el país. A partir de ese momento se vive una crisis del movimiento obrero y también del movimiento popular que pese a que ha protagonizado importantes levantamientos, las situaciones revolucionarias han sido abortadas por la ausencia de una dirección política y física constituida por la clase obrera.

Las corrientes de pensamiento proimperialistas, aún aquellas de tinte izquierdista, han enterrado en sus análisis académicos a la clase obrera revolucionaria para buscar “nuevos sujetos políticos” que jueguen el papel de dirección política de las masas. Ciertos análisis antimarxistas de la clase obrera equiparan a ésta con el sindicalismo de masas por rama de industria. De esta forma, la decadencia de éste último supondría la desaparición de la clase obrera como sujeto revolucionario y dirigente de la transformación social. Esta mecanización del análisis ignora deliberadamente que para la teoría marxista el capital vive a condición de revolucionar constantemente sus formas de valorización, y para ser capital necesita de la fuerza de trabajo. En esta relación dialéctica, uno es condición de otra. Mientras haya capital, el proletariado

seguirá existiendo no sólo porque el primero existe gracias al segundo y viceversa, sino también porque la clase obrera es la única clase que se distingue como la capaz de ser la sepulturera del orden social creado por el capital; en este proceso, ambos factores, capital y fuerza de trabajo, no están exentos de sufrir mutaciones y recomposiciones, que sin embargo mantienen esta relación esencial de la que hablamos.

Como ya se señaló, los trabajadores son hijos de la producción de tipo capitalista que en nuestro país ha sido el resultado de la penetración imperialista. La inclusión del país a la economía capitalista se dio bajo la presión del capital financiero internacional en la etapa de expansión imperialista de la economía mundial.

La clase dominante nativa que se estructuró alrededor de la explotación del trabajo gratuito de los nativos indígenas bajo el régimen del pongueaje, ha sido históricamente incapaz de resolver el problema del atraso económico del país y se ha agotado en el papel de agente de los intereses de las grandes empresas transnacionales. Es una clase pro-imperialista, antinacional, caduca e incapaz para resolver los problemas fundamentales del país: el desarrollo económico para la satisfacción de las necesidades básicas de los explotados.

Los trabajadores son minoría dentro de los explotados bolivianos, hecho que es un índice del grado de atraso del país. El imperialismo ha determinado que Bolivia sea un engranaje del aparato productivo mundial con la función de proveerle materias primas, en la actualidad básicamente minerales y gas para el mercado internacional. El desarrollo capitalista sólo se ha dado en los sectores productores de materias primas para el mercado mundial quedando estancada en el atraso el resto de la economía nacional en la que permanecen vigentes modos de producción pre-capitalistas. El grueso de los campesinos han sido reducidos a una angustiosa miseria consecuencia de lo precario y atrasado de su forma de producir asentada en la pequeña propiedad agraria: el minifundio. En las ciudades una enorme masa de trabajadores se ganan la vida por cuenta propia en diversidad de oficios precarios y rudimentarios porque no existen fuentes de trabajo, consecuencia del poco desarrollo industrial del país. Toda esta masa de pequeños propietarios del campo y las ciudades viven en condiciones de miseria. Miseria que alcanza también a amplios sectores de profesionales como los maestros urbanos y rurales o los trabajadores en salud y también a los trabajadores fabriles de la enclenque industria nacional, cuyos salarios son de hambre.

El eje económico del país lo constituye la producción de tipo capitalista, es decir, la actividad sustentada por el proletariado. Los proletarios están ligados a la columna vertebral de la economía nacional. La producción de minerales y de gas actualmente es el sustento de la economía nacional. Y esta es la causa material por la cual, la clase obrera y particularmente el proletariado minero ha jugado el papel de vanguardia revolucionaria del conjunto de los explotados señalando a la nación oprimida el camino para poder salir de las condiciones de atraso que son la causa en definitiva de la miseria de la mayoría del pueblo.

Ha correspondido a los trabajadores mineros, señalar, a partir de la Tesis de Pulacayo, que la liberación del país de la opresión imperialista y la explotación por la insignificante burguesía blancoide criolla pasa a ser una tarea que deberá ser cumplida por la clase obrera como dirección política del conjunto de los explotados. Sólo el proletariado, porque no tiene ninguna forma de propiedad sobre los medios de producción y por tanto nada que defender en la sociedad capitalista, es capaz de conducir la revolución nacional protagonizada por el conjunto de la nación oprimida, hasta sus últimas consecuencias expulsando a las transnacionales saqueadoras y expropiando la gran propiedad de los medios de producción de los empresarios,

para organizar la producción bajo la forma de propiedad social de los medios de producción. En resumen: materializar la revolución socialista que quiere decir propiedad social de los medios de producción y no “sociedad” con los opresores imperialistas y los empresarios privados como proclama la impostura masista en el gobierno.

Sólo cuando los medios de producción, con los que el trabajo de los hombres produce la riqueza, sean propiedad de todos será posible distribuir la riqueza que sale del sudor de todos los trabajadores al conjunto de la sociedad de tal forma de atender las necesidades de todos en vez de enriquecer a unos pocos. Actualmente el 20% más rico de la sociedad acapara el 60% de los recursos nacionales, esto sin tomar en cuenta lo que se llevan las transnacionales que nos saquean explotando nuestras materias primas. Bajo esta forma de producir y distribuir la riqueza es imposible atender las necesidades de las mayorías oprimidas. Se necesita acabar con la actual sociedad capitalista caduca e instaurar los cimientos de la nueva sociedad socialista y al proletariado le corresponde asumir el papel de dirección política del conjunto pueblo explotado.

La clase obrera, por ser revolucionaria, es la única que tiene capacidad para expresar políticamente los intereses generales de la nación oprimida por el imperialismo (campesinos, nacionalidades oprimidas, clase media), es por esto que puede acaudillarla en la lucha liberadora.

### **III. LA MADUREZ POLÍTICA DEL PROLETARIADO (El ciclo nacionalista)**

1. Está abierta la perspectiva de la revolución acaudillada por el proletariado porque éste y los explotados en general, han madurado políticamente en su amarga experiencia bajo los gobiernos nacionalistas pequeño burgueses (incuestionablemente de contenido burgués), lleno de traiciones, de crímenes y felonías. No se trata de que se hubiese tenido que soportar una experiencia aislada de este tipo (la caída del gobierno Villarroel con sus banderas semi-intactas fue eso), sino que se ha vivido el ciclo nacionalista en su integridad: desde sus posturas de radicalismo antiimperialismo norteamericano, sus protestas de adhesión al marxismo, hasta su degeneración fascista y obsecuentemente pro-imperialista y pro-norteamericana.

Esta experiencia riquísima, aunque negativa, no la tienen todos los países, lo que explica por qué los explotados de éstos se debaten en medio de las ilusiones acerca de las posibilidades "revolucionarias" de los movimientos nacionalistas dirigidos por la burguesía o por la pequeña burguesía. Los sectores minoritarios de la vanguardia obrera esperan encontrar su propia expresión política en las tendencias de izquierda de ese nacionalismo. Agotada la experiencia nacionalista para las masas bolivianas, éstas han madurado para comprender el programa del partido marxista del proletariado.

El nacionalismo boliviano timoneado por la pequeña burguesía ha concluido identificándose con los intereses anti-nacionales del imperialismo, se ha convertido en su correa de transmisión y ya no oculta su condición de sirviente de la metrópoli foránea y opresora, en esta medida se ha agotado como respuesta a la necesidad histórica de consumir la liberación nacional y el cumplimiento de las tareas democráticas.

2. El nacionalismo está básicamente representado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario y los avatares que este partido ha conocido no son otra cosa que la expresión de su contradictoria evolución bajo la doble y poderosa influencia del proletariado y de las masas explotadas en general, por una parte, y del imperialismo y de la derecha criolla (rosca), por otra.

La teoría y la práctica del MNR permiten señalar las grandes metas que se fijó el nacionalismo pequeño burgués: cumplimiento de las tareas democráticas (muchas de ellas no han sido siquiera enunciadas) dentro del marco capitalista, partiendo del respeto casi religioso de la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción y de la convivencia con el imperialismo; estructuración del Estado nacional poderoso (consigna también enarbolada por FSB), que hiciese posible el pleno desarrollo de la democracia burguesa (el voto universal no se apartó un milímetro de la ficción jurídica burguesa de la igualdad de los ciudadanos ante la papeleta electoral); propiciar los avances modernos del capitalismo de Estado, sin violentar bajo ningún pretexto los límites capitalistas; desarrollo e industrialización del país gracias a la ayuda de los organismos controlados por la metrópoli imperialista; movilización de las masas para que actúen como fuerza de presión sobre el imperialismo y la reacción interna (la rosca y los sirvientes falangistas), pero evitando que pudiesen liberarse del control ideológico y organizativo del nacionalismo.

La historia posterior a 1952, demuestra, de manera indiscutible, que tales propósitos han fracasado.

Algunas tareas democráticas han sido enunciadas y otras materializadas a medias y luego empantanadas de un modo por demás particular, lo que, otra vez más, pone de relieve las tremendas limitaciones e inoperancia de la dirección política pequeño-burguesa, aunque cuente con el apoyo militante y multitudinario de casi todo el país.

3. Fueron las masas las que, con las armas en las manos y haciendo vibrar a la ciudades con monstruosas y combativas manifestaciones, impusieron al Poder Ejecutivo (en cuyo seno actuaban los ministros "obreros", supuestamente portavoces de la voluntad todopoderosa de las masas y de la Central Obrera Boliviana y, en realidad, agentes del movimientismo en medio de las organizaciones obreras y populares) las tres más grandes medidas decretadas por el MNR desde el poder: la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el voto universal. En el primer momento la izquierda, particularmente el estalinismo, con la sola excepción del POR, el grueso de las masas y el lechinismo estaban seguros que las máximas aspiraciones de la revolución, el programa enarbolado en Pulacayo, habían sido cumplidas totalmente, que el ciclo de las transformaciones revolucionarias había concluido y que únicamente correspondía pasar a la etapa de la institucionalización de esas conquistas, de dar forma jurídica a la nueva sociedad nacida bajo la "genial y antimperialista", dirección de Víctor Paz y Lechín.

Cuando las masas impusieron autoritariamente su programa al pequeño burgués MNR, éste tomó en sus manos las consignas de mayor urgencia que servían para movilizar a la mayoría nacional y les imprimió su propio sello (las encerró dentro del estrecho marco de las limitaciones clasistas). El pazestenssorismo consumó su gran maniobra destinada a estafar al país, que cayó víctima de una ficción.

Las consignas no son una abstracción, es preciso descubrir su contenido de clase y su alcance está determinado por quién las ejecuta. Los obreros dieron a sus slogans la proyección propia de ellos, la marcha hacia el socialismo; el MNR imprimió a los mismos un contenido diverso: detener el proceso en los límites capitalistas. Todo el desarrollo político posterior hasta nuestros días inclusive, tuvo y tiene lugar alrededor de este choque de concepciones programáticas, que no son más que expresiones ideológicas de la lucha entre el imperialismo y el proletariado, descomunal batalla en la que la dirección política pequeño burguesa no cumple, en último término, más papel que el sirviente del enemigo foráneo.

Desde el congreso de Pulacayo, la clase obrera, sobre todo los mineros, retomando la tradición del sindicalismo a partir de 1927, se lanzó a la lucha por lograr arrancar de manos de la gran minería, las minas para que pasasen al Estado controlado por los trabajadores, es decir, que las minas debían quedar en manos de éstos. No se trataba de comprar esas minas, que según la propia clase dominante, pertenecen originalmente al Estado, o de ceñirse a la antigua ley de expropiación de fines del siglo XIX, sino de incautarse de ellas utilizando la acción directa de masas, de expulsar a la rosca minera y de destruir su poderío económico y político, lo que imponía la urgencia de no reconocer indemnizaciones de ningún tipo en favor de los saqueadores de las riquezas nacionales. En Pulacayo se dijo que el control obrero efectivizaría el paso de las minas a poder los trabajadores, lo que importaba que éstos debían indefectiblemente marchar hacia la conquista del poder político; tal era la concepción proletaria de la nacionalización de las minas.



El MNR tomó en sus manos la consigna pero la vació totalmente de su contenido revolucionario, cuya profundización no podía menos que poner en serio riesgo al gobierno instaurado después de abril de 1952. Se comenzó dando largas al cumplimiento de una exigencia hecha en términos perentorios por los obreros armados, se crearon comisiones y se estudió largamente lo necesario y lo superfluo del problema, buscando agotar la actitud vigilante de una clase puesta en extrema tensión. El 31 de Octubre de 1952 fue dictada la nacionalización solamente de la gran minería y poniendo a salvo parte de los intereses imperialistas y marginando prácticamente a la clase obrera como tal de la administración de las minas. Se comenzó reconociendo una jugosa indemnización a empresas que difícilmente hacían frente a sus dificultades económicas e internas; se marginó de la medida a la minería mediana, gran parte de ella controlada por el capital financiero y que bien pronto se convirtió en el eje de la penetración imperialista y en una seria competidora de COMIBOL; se estatuyó el control obrero individual y políticamente controlado por el Poder Ejecutivo, y en lugar del control de la clase (el que puede materializarse únicamente a través de comités colectivos de control, partiendo de los lugares mismos de trabajo y llegando hasta los escalones más elevados de la administración de la empresa) y permanentemente en manos de la asamblea sindical; al ser individual y al habersele rodeado de una serie de granjerías y privilegios de tipo económico, etc., se abrieron las puertas para su burocratización, lo que sólo podía favorecer al gobierno vivamente interesado en neutralizar a los levantiscos mineros. Esta nacionalización, ejecutada tramposamente por el MNR, fue de un inconfundible corte burgués y el mismo gobierno que consumaba su viraje derechista, concluyó volviendo a entregar las minas al control del imperialismo y tuvo el cinismo de colocar a la cabeza de su administración al BID, como consecuencia del llamado Plan Triangular, ideado y financiado por el capital financiero.

Cuando se profundizó la diferenciación y separación política entre el gobierno pequeño burgués y el movimiento obrero, fue cuestionada esta nacionalización y se levantó la bandera de su defensa a través de su perfeccionamiento, de modo que la acción revolucionaria de los trabajadores la transformaría, desde el poder, en una medida proletaria. La enseñanza más importante de este proceso y que se incorpora al arsenal de la clase obrera consiste en que la nacionalización por sí misma no es sinónimo de socialismo y que no resuelve todos los problemas que plantean la revolución y la misma industria minera.

Se ha demostrado que el sentido y alcances de las nacionalizaciones dependen de qué clase social detenta el poder político. La pequeña burguesía sirviente del imperialismo, al nacionalizar no hace otra cosa que contribuir al avance del capitalismo de Estado para del defender los intereses generales del régimen burgués. Es cierto que es preferible que las fuentes de riquezas naturales estén en manos de un gobierno nacionalista y no de los consorcios montados por el capital financiero. Esto vale para el inicio del proceso, pero cuando la burguesía nacional se entrega al imperialismo, extremo que tiene que ocurrir indefectiblemente tarde o temprano, las empresas nacionales vuelven a manos de sus antiguos saqueadores, y se lo hace en condiciones muy ventajosas para el enemigo foráneo, bajo la forma de las sociedades mixtas o multinacionales. Para que el inicial paso progresista que consiste en arrancar de las garras imperialistas las riquezas nacionales se consolide es preciso que la burguesía nacional sea desplazada por el poder político de la clase obrera, entonces se asegurará que las nacionalizaciones sean controladas por los trabajadores y se convertirán en la piedra fundamental del socialismo. Este sentido profundo tiene la consigna de defender las nacionalizaciones perfeccionándolas con ayuda del control obrero colectivo, dándoles una nueva perspectiva política.

La nacionalización de las minas, hecha de un modo burgués, en medio de una economía de corte capitalista, no resuelve, por sí sola, los agudos problemas de la industria, problemas que

se ven agravados porque todo el malestar de la economía nacional tiende a descargarse sobre el sector nacionalizado, a resolverse a costa de éste. En cierta medida y esto desde el primer momento, el estaño producido por la COMIBOL siguió controlado por el imperialismo en lo que se refiere a su fundición y comercialización. La William Harvey, controlada por Patiño, pudo manejar a su antojo a la COMIBOL. Las nacionalizaciones para no ser ahogadas en medio de sus contradicciones, para que sus dificultades internas no las empujen de nuevo a brazos del imperialismo, tienen que dejar de ser una excepción dentro de un régimen de propiedad privada y convertirse en la norma predominante, de manera que todos los medios de producción se encuentren en manos del Estado. Por otro lado, la industria minera nacionalizada debe diversificarse y concentrar en la COMIBOL la metalurgia y la comercialización. A esta conclusión han llegado los trabajadores mineros sindicalizados y que el POR la hace suya.

La defensa de las minas nacionalizadas (amenazadas por el imperialismo que también actúa a través de la minería privada y de la política entreguista de los gobiernos reaccionarios civiles o militares) no debe entenderse como el apoyo a determinado régimen nacionalista burgués, sino como una táctica que debe aproximar a los explotados a la conquista del poder.

Por las anteriores consideraciones tampoco la fundición del estaño en el país permitió el florecimiento de la COMIBOL. La causa del desastre tiene que buscarse en la incapacidad e inmoralidad de la clase social burguesa que administra mal las minas.

La reforma agraria (2 de agosto de 1953) fue dictada cuando gran parte de la tierra labrantía había sido ocupada revolucionariamente por las masas campesinas, cuando éstas estaban en posesión de las grandes haciendas y de las armas. La acentuación de esta tendencia, que avanzaba como incontenible y poderosa tormenta social sobre el territorio boliviano, habría arrasado todo el agro a fin de permitir una inmediata revolución tecnológica, como propugnaba el Partido Obrero Revolucionario. El movimiento de la ocupación de la tierra se detenía únicamente ante las pequeñas parcelas individuales y buscaba expulsar a todos los demás propietarios, sin excepción alguna. La desventaja política de este proceso radicaba en que en el momento de auge de las ocupaciones el proletariado ya había ingresado a su momentánea depresión, había dejado atrás su actitud de vigilancia para abandonarse confiado en manos de un gobierno que no era suyo.

En esta medida carecía del apoyo decidido de la clase revolucionaria de la sociedad y resultaba difícil que pudiese imponerse por sí solo. Su profundización hubiera abierto, en otras condiciones, la perspectiva de que la clase obrera tomase el poder empujada por los explotados del agro en plena rebelión.

Habría sido el telón de fondo de la revolución acaudillada por el proletariado.

La política liberal, impuesta a la burguesía (no sólo a su gobierno) por el imperialismo, se traduce en la privatización de las empresas estatales, particularmente de la COMIBOL, de YPFB, etc.

La terca lucha popular contra la privatización se orienta a derribar a la burguesía y expulsarla del poder.

Es en estas condiciones, cuando el gamonalismo había sido materialmente expulsado del agro, cuando estaba seguro de perder todos sus privilegios, que se dicta el Decreto de la Reforma Agraria, ésta destinada, en uno de sus aspectos, a poner a salvo parte de los intereses del gamonalismo. Parceló las haciendas entre sus colonos, reservando una parte de ella para el ex-propietario; reconoció derecho de indemnización a los ex-patronos (no fue materializado); excluyó de los alcances de la reforma a la propiedad considerada agraria capitalista (aquella que muestra

inversiones o la existencia de cualquier maquinaria), que se ha convertido en una rendija por la que se cuelan muchos latifundios y también a la propiedad mediana, que no es trabajada por su propietario, que es un explotador menor.

La forma de realización de la reforma agraria estuvo políticamente inspirada en la necesidad de encontrar una poderosa fuerza de estabilización social y política en la masa de pequeños propietarios prósperos sobre todo ante el peligro de radicalización de los obreros. Contrariamente el minifundio, por un lado y la ninguna respuesta al atraso tecnológico, por otro, han acentuado en extremo la ya desesperante miseria de las masas campesinas. La sed de tierra no ha sido saciada y el partido del proletariado movilizará a los explotados del agro bajo la consigna central de expropiación sin indemnización de toda la tierra labrantía del país, respetando sólo a los pequeños propietarios; la cooperativización de éstos a fin de facilitar la maquinización de la agricultura, de manera que, con ayuda de la ciencia y de los recursos tecnológicos modernos, se pueda pasar de la agricultura extensiva a la intensiva.

El voto universal es una reivindicación burguesa tradicional y ha sido aplicada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de manera imperfecta. A los campesinos (en su mayor parte analfabetos) y a una parte de los obreros se les concede solamente la semiciudadanía: pueden elegir pero no ser elegidos. Se les reconoce el derecho de votar en favor de los candidatos de la clase dominante. Las particularidades del campesinado permiten que la burocracia sindical, los caciques y las autoridades lo presionen para que vote unánimemente en favor de los candidatos oficialistas o poderosos económicamente. El POR está en contra de toda limitación del voto universal.

Esta reivindicación por sí sola no podrá hacer milagros, el voto de los campesinos en favor de las posiciones y corrientes revolucionarias depende del trabajo de penetración política que realice el Partido Obrero Revolucionario en el seno de las masas del agro.

Políticamente esta ley anula a la clase obrera como tal, como dirección política del proceso revolucionario y como conciencia. Las grandes concentraciones obreras, que son las minas, materialmente se diluyen en medio de la impotente masa campesina que la rodea; en las ciudades los barrios obreros están lejos de definir las elecciones, contrariamente desaparecen ante el peso electoral de las otras clases sociales.

La ley impide al proletariado expresarse electoralmente como clase dirigente del proceso revolucionario, como caudillo nacional, no hay posibilidad de que su voluntad pueda cristalizarse en los resultados de las votaciones. Se trata de una trampa tendida a la revolución, se la quiere destruir utilizando una artimaña, un recurso abogadil la igualdad de los ciudadanos ante la ley, cada ciudadano, por encima de cualquier otra consideración, un voto. La existencia del ciudadano en abstracto es otra ficción; el ciudadano forma parte de las clases sociales, el ciudadano proletario está muy lejos de ser igual al ciudadano burgués, son diferentes por su situación económica y política, con intereses antagónicos y en permanente lucha. El ciudadano explotado carece de medios materiales y de cultura para poder imponer sus puntos de vista al resto de la masa de electores, no puede, por ejemplo, fabricar la opinión pública, a veces no puede llegar hasta los últimos rincones del país. El ciudadano burgués tiene a su disposición su riqueza, sus periódicos y radios, al mismo aparato estatal y al ordenamiento jurídico, para arrastrar a propios y extraños detrás de sus candidatos. Esta desigualdad es palpable, pese a que proletarios y burgueses disponen solamente de un voto.

Hay que luchar porque el proletariado no pierda su calidad de clase dirigente de la revolución en el plano electoral, para que no se diluya en los sectores mayoritarios de la población. Si

no se desvirtuase la Ley Electoral vigente, la dirección del proceso de transformación pasaría a manos del campesinado, nuestra revolución sería campesina. Hay que desenmascarar y rechazar la ficción jurídica burguesa de la igualdad de los ciudadanos ante la ley. La importancia diversa de las clases sociales, su peso diferente en el proceso de producción, está ya poniendo en evidencia la desigualdad que existe entre proletarios, campesinos, burgueses, etc. Lo que buscamos es que esa desigualdad no se torne contrarrevolucionaria en materia electoral, que no haga desaparecer al proletariado como tal. Planteamos voto privilegiado en favor de la masa obrera, es decir, que pese a ser demográficamente minoritaria, pueda elegir una cantidad respetable de representantes, con relación a las clases sociales mayoritarias (la Constitución rusa de 1918 establecía que 25.000 obreros enviaban un delegado y 125.000 campesinos otro). Pueden encontrarse muchas formas para efectivizar esta demanda y la más cómoda sería declarar distritos electorales los centros mineros, los barrios obreros de las ciudades, etc.

La evolución política de las masas se sintetiza en su superación de las ilusiones democráticas, en su repudio a la farsa democratizaste; al electoralismo, al parlamentarismo. Pasando por encima de las artimañas supuestamente democráticas, se realizan al emplear la acción directa de masas en la lucha por sus intereses y su liberación.

**4.** El nacionalismo movimientista ha concluido entregándose al imperialismo, seguro que así se defendía del proletariado que, no bien comenzó a diferenciarse del Movimiento Nacionalista Revolucionario, amenazó con pasar por encima de su cadáver político y de la gran propiedad privada burguesa, para poder realizar sus propios objetivos. El MNR pugnó desesperadamente por institucionalizar el comienzo de realización de algunas tareas democráticas, seguro de que nada más se podía hacer, que ahí debía concluir la transformación revolucionaria.

Su inoperancia y caducidad se puso en evidencia cuando no pudo ni siquiera cumplir debidamente estas limitadísimas tareas, cediendo a las exigencias de los núcleos burgueses y derechistas, que satisfechos pugnaron por imponer la paz social y política. Las tareas democráticas se vieron estranguladas en medio camino de su cumplimiento y algunas hasta retrocedieron, todo esto para complacer las exigencias del imperialismo.

Al imperialismo le interesa contar en su semicolonias con regímenes capaces de controlar de cerca a las masas, requisito indispensable para lograr la estabilidad político-económica y el cumplimiento de los planes de la metrópoli opresora, importándole poco que sus lacayos sean civiles, militares, democratizantes o dictatoriales. Unos y otros han actuado y actúan como instrumentos de la antipatria. Los partidos nacionalistas burgueses se han desplazado de un extremo a otro, lo que se ha traducido en escisiones y en sorprendentes cambios de postura.

**5.** La evolución política del proletariado, de su conciencia, de su constitución como clase, de la politización de las masas, aparece jalonada por los siguientes hitos trascendentales:

La aprobación de la "Tesis de Pulacayo" por el congreso extraordinario de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, permitió señalar la dictadura del proletariado como finalidad estratégica de la lucha de clases, que realizará las tareas democráticas para transformarlas en socialistas. De esa época arranca inconfundible la afirmación de la independencia política de la clase obrera.

La Central Obrera Boliviana fue estructurada como resultado de la lucha librada por la mayoría nacional durante el sexenio rosquero (1946-1952) contra la clase dominante y buscando

enarbolar la política revolucionaria propia del proletariado. Nació como un soviet u órgano de poder opuesto al gobierno movirientista. La dualidad de poderes se resolvió en favor del gobierno; en el primer momento señaló el camino que deben seguir los explotados si buscan su liberación. En 1954 (primer congreso) la COB abandona la "Tesis de Pulacayo" y se declara oficialista, entonces comienza su proceso de burocratización y degeneración.

El camino, revolucionario apareció inconfundible cuando los explotados se movilizaron contra la política derechista y proimperialista de Siles Zuazo (1956-1960), contra el movirientismo en el poder en 1964, contra el gorilismo barrientista.

La superación del nacionalismo de contenido burgués por las masas, particularmente proletarias, se hizo evidente en su actitud de rechazo a los gobiernos populares de los generales Ovando y Torres. Plantearon una política independiente y posiciones mucho más avanzadas que las formuladas por las tendencias burguesas más radicales.

La Asamblea Popular de 1971 resumió ja anterior experiencia y la proyectó hacia el porvenir. Dejó sentado que si los explotados buscaban liberarse socialmente y de las cadenas imperialistas, debían conquistar el poder político, destruir a la burguesía y a la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción. Señaló que para alcanzar este objetivo no quedaba más que la vía insurreccional opuesta al parlamentarismo.

Como no podía ser de otra manera, ni la rosca ni el nacionalismo han logrado emancipar a la mujer, pese a que le han reconocido alguno de sus derechos elementales. La mujer sufre las consecuencias de la explotación capitalista, de la superexplotación de que es objeto dentro de la familia de pequeños productores y también de los prejuicios de tipo feudal (sociales, religiosos, etc.). La división de clases es tan profunda que se traduce inclusive en la vestimenta y es notable en el campo femenino. La escuela acentúa esta diferencia social. Junto a la lucha por la escuela única, el Partido Obrero Revolucionario plantea la necesidad de que la lucha revolucionaria del proletariado incluya en su programa la liberación efectiva de la mujer, doblemente oprimida en esta sociedad clasista. No solamente se trata de conquistar el salario igual para el trabajo igual, sino de que las mujeres gocen de los mismos derechos civiles y políticos que los hombres, que las mujeres en su integridad tengan acceso a las fuentes de cultura, etc.

La liberación de la mujer es un problema social y pasa por la destrucción de la gran propiedad privada burguesa y la socialización de los medios de producción, que permitirá liberarla de la esclavitud del hogar.

La juventud ocupa un importante lugar en la lucha revolucionaria, particularmente en Bolivia donde el proletariado (es demasiado joven; el movimiento juvenil constituye uno de los valiosos capitales del partido obrero. El POR vanguardiza la batalla en pro de las reivindicaciones juveniles, organiza a los j+ovenes y les entrega su bandera de combate:

Cese a la discriminación en contra de la juventud en los lugares de trabajo; libre acceso a los institutos de enseñanza que deben ser gratuitos y dejar de ser monopolio del privilegio clasista; derecho a voto desde los 18 años; lucha contra la cesantía; alfabetización en lenguas madres, etc.

Así la vanguardia obrera ha creado la teoría de la revolución boliviana y los métodos de lucha y organizaciones propios de las masas.

La lucha revolucionaria partirá de estas conquistas.

Son las masas politizadas y radicalizadas, al desplazarse hacia la izquierda y al acentuar su superación de las ilusiones democráticas, las que desenmascaran y empujan hacia la trinchera burguesa democratizaste a los partidos reformistas y revisionistas, que en su derechización chocan inevitablemente con los explotados.

En el campo de la izquierda obrera únicamente el POR se levanta como el faro revolucionario, particularmente después del hundimiento del foquismo, que ha pagado tan caro su pecado de actuar de espaldas a las masas, a las que no pocas veces ha intentado reemplazar.

Está fuera de toda duda que la victoria de las masas será la victoria del Partido Obrero Revolucionario.

El Partido Obrero revolucionario es la expresión ideológica de la política revolucionaria del proletariado, que se exterioriza en la lucha instintiva de las masas y cuya esencia es la insurgencia de la propiedad social contra la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción, que ya ha caducado totalmente.

Ahí acaba la pujanza del instinto comunista de las masas obreras. La materialización del aplastamiento de la gran propiedad privada por la social se da en el plano de la victoria de la política revolucionaria, lo que exige que la dirección de las masas señale el camino que conduce a la conquista del poder político. La finalidad estratégica de la vanguardia revolucionaria es la revolución y dictadura proletarias; la táctica que se emplee debe corresponder a la estrategia. Tal es la esencia de las leyes del desarrollo cuantitativo y transformación cualitativa de la sociedad, en nuestro caso de la boliviana. Lo anterior es la esencia del programa de transición, es decir, que las medidas que se empleen deben permitir que las masas marchen hacia la materialización de la estrategia de la clase obrera. Dos ejemplos: el salario mínimo vital con escala móvil referida al precio de las mercancías; la escala móvil de horas de trabajo (dividir las horas de trabajo disponibles entre el número de obreros, activos y desocupados) para acabar con la cesantía masiva. Estas medidas demuestran la imposibilidad del capitalismo agotado para resolverlas, lo que permitirá que las masas se encaminen a la toma del poder.

**6.** El POR sostiene la tesis de la “Inviabilidad de la democracia burguesa en Bolivia”, como un hecho político derivado de causas objetivas que enraízan en la estructura económica y social del país. “Nuestro planteamiento se resume así: el democratismo burgués y el generoso florecimiento del parlamentarismo resultan inviables por la extrema pobreza del país, resultado de la imposibilidad de que todavía pueda darse un pleno e independiente desarrollo del capitalismo. Pueden pronunciarse discursos a favor del “proceso democrático” e inclusive practicarse elecciones periódicas, pero no será posible llenar la ausencia del basamento material para la democracia con declaraciones vacuas acerca de sus bondades”. (G.Lora “Inviabilidad de la democracia”, Ed. El Amuata. 1980).

El acierto del POR al haber caracterizado Bolivia como un país capitalista atrasado de economía combinada incorporada tardíamente a la economía capitalista mundial, permite comprender porqué a lo largo de la historia del país, la masas, tanto del campo como de la ciudad, urgidas por resolver sus problemas inmediatos (pan, tierra, trabajo, educación, etc), consecuencia del atraso económico del país, han chocado periódica y sistemáticamente contra el Estado burgués y su famélica y contrahecha democracia. La llamada clase media en el país, supuesto basamento social del parlamentarismo y la democracia formal burguesa, contrariamente se convierte en un factor explosivo de la lucha de clases, debido a la extrema miseria de vastas

capas que la integran, que incluso perciben menos ingresos que el propio proletariado. La clase dominante junto al imperialismo, se han visto en la necesidad periódica de recurrir al uso de las fuerzas represivas para ahogar en sangre la rebelión de los explotados.

Cuando el proletariado se incorporó a esta lucha, señalando la perspectiva revolucionaria, afianzando su independencia de clase y convirtiéndose en dirección de la nación oprimida, este proceso se tradujo en lo que llamamos “agotamiento de las ilusiones democráticas en las masas”, un reflejo subjetivo, en el estado de ánimo de los explotados, de las condiciones determinadas a partir del basamento económico del país.

Las masas agotaron su experiencia en las frustraciones, los engaños, la incapacidad y la demagogia de los politiqueros y su “democracia hambreadora”. Repudiaron la farsa electoral y reivindicaron la acción directa y la revolución, proclamaron la urgencia de poner en pie un nuevo Estado basado en la democracia directa y en la propiedad social de los medios de producción (gobierno obrero campesino como sinónimo de la dictadura del proletariado). Este proceso alcanzó su punto culminante con la puesta en pie de la Asamblea Popular de 1971.

Como enseña la experiencia, el desarrollo del factor subjetivo es un proceso contradictorio que conoce avances y retrocesos. Las masas, que en cierto momento de agudización de la lucha de clases enarbolan las ideas más radicales y revolucionarias, pasado el tensionamiento, aflojado el fervor revolucionario, retroceden y permiten aflorar las ideas conservadoras producto de las capas más atrasadas que mediatizan y pueden llegar hasta anular a la vanguardia, que si bien sigue actuando, no encuentra eco a su predica revolucionaria. La experiencia vivida se convierte en una adquisición de la conciencia de clase si es que queda plasmada en el desarrollo de la teoría revolucionaria, del programa, a través de la asimilación crítica y autocrítica del partido y a su accionar en el seno de esas masas. El Partido sabe que las masas retornarán a su eje revolucionario apenas se agudice la lucha de clases, las causas para ello son estructurales, en su próxima arremetida contra el Estado burgués, cuando se tornen favorables las condiciones para la fusión de la acción del partido y la vanguardia con el grueso de la clase y las masas, la experiencia adquirida volverá a reflotar.

Los diferentes gobiernos burgueses de turno, incluido el MAS, fruto de la farsa electoral, no han transformado la naturaleza esencial del país, por el contrario, se ha esforzado por remozar las relaciones económicas basada en el respeto a la propiedad privada de los medios de producción (tanto la grande como la pequeña), en asegurar a las transnacionales el sometimiento del país a los intereses del gran capital financiero imperialista, vale decir en reproducir las condiciones históricas que determinan el atraso del país y en reeditar, adornos indigenistas más o menos, la experiencia fallida del nacionalismo burgués (en todas sus variantes) que se agotó en el empeño inviable de desarrollar las fuerzas productivas del país en el marco del capitalismo en decadencia y descomposición.

De ahí que no sea de extrañar que hoy al igual que a principios del siglo XX, la democracia y el parlamentarismo en Bolivia sean una farsa, un circo con cada vez más mediocres y peores payasos, que se disputan los mismos y viejos tradicionales problemas sobre el fraude, el cohecho y la “pureza del sufragio”, sobre la ausencia de independencia de los poderes del Estado respecto del Ejecutivo, sobre la dictatorial conducta del Ejecutivo, que se asegura mayorías amaestradas.

Los cantos de sirena de la “nueva” Bolivia después de la supuesta refundación producto de la elaboración de una nueva constitución mediante la Asamblea Constituyente, ocultan el hecho de que el nuevo diseño del Estado burgués, pese a que se haya llevado a cabo en nombre de una

“descolonización”, constituye la reconstrucción del Estado semicolonial boliviano a la medida de las teorías imperialistas posmodernas como la “interculturalidad” (convivencia pacífica entre opresores y oprimidos) y la descolonización subjetiva (que no depende de resolver los cimientos materiales de la dominación).

Las explotados bolivianos sólo conocerán los beneficios de la democracia con el advenimiento de la revolución y dictadura proletaria (Gobierno obrero-campesino) que estará estructurado sobre los órganos de poder de las masas que aplicarán la democracia directa y someterán a ella a todas las otras formas de representación o delegación de mandato.



## IV. ESTADISMO Y ECONOMÍA DE MERCADO

1. El estatismo constituye el muro defensivo que levantan los países atrasados para poner atajo a la voracidad y la política colonizadora propia de las metrópolis imperialistas, que actúan a través de las transnacionales. Su vigencia y preservación suponen la defensa de la soberanía nacional; la burguesía de otras latitudes ha utilizado normal y tradicionalmente el estatismo para potenciarse e imponerse internacionalmente en la competencia económica con otros países.

Es cierto que la burguesía nativa recurrió con frecuencia al estatismo pero ahora ha concluido en el polo opuesto, como campeona de la economía de mercado, del libre comercio. Esta profunda oscilación ha significado una capitulación ante las presiones ejercitadas por el imperialismo y los organismos internacionales a su servicio; guarda alguna relación con su cambio de postura frente a la urgencia de consumir la liberación nacional.

Abandonar las medidas proteccionistas -indispensables para defender la industria nativa frente a la competencia proveniente de los países altamente desarrollados-y tornarse librecambista a ultranza significa abrir de par en par las puertas del país para que acabe como hacienda de las transnacionales, entregar en malbarato los recursos naturales de las empresas estatizadas.

La destrucción del estatismo y su sustitución por una economía basada en la iniciativa privada (canal utilizado por el capital financiero) no puede menos que remachar las cadenas que nos sujetan al carro imperialista.

La defensa del estatismo -que la asumimos con franqueza y energía-es parte de la lucha por la liberación nacional y antiimperialista. Cuando el reformismo, presuntamente "izquierdista", acepta la destrucción, total o parcial del estatismo, se coloca al servicio del imperialismo.

Corresponde a las masas y a la clase obrera, particularmente, defender de manera intransigente el estatismo. Esta reivindicación forma parte del programa revolucionario.

2. El anti-estatismo, total o parcial, constituye la médula de la política económica de corte liberal. El imperialismo utiliza esta política para acentuar su opresión sobre los países atrasados, aunque en la metrópoli continúa manteniendo medidas proteccionistas, en favor de algunos de sus grupos capitalistas.

La columna vertebral del liberalismo económico radica en la privatización de las empresas públicas.

La burguesía argumenta que se trata de defender la economía boliviana, de convertirla en rentable, de potenciar económicamente al país.

Uno de los argumentos principales de los anti-estadistas dice que el Estado es mal administrador, lo que se traduce en la ruina de las empresas que están a su cargo; los empresarios privados que buscan justificar su asalto a las empresas públicas -'un jugoso negocio inclusive durante las crisis económicas- repiten hasta el cansancio el estribillo que todo Estado, así en general, es un mal administrador.

La clase obrera ha señalado reiteradamente que el descalabro de la COMIBOL, por ejemplo, es de exclusiva responsabilidad de la miserable burguesía boliviana y de los politiqueros que salen de sus entrañas, de su incapacidad e inmoralidad. Constituye un grueso error beneficioso para la reacción y el imperialismo, la conclusión de que para salvar a las empresas públicas

deficitarias hay que entregarles a los capitalistas privados.

La larga lucha de los trabajadores para lograr una eficiente administración de la Corporación Minera de Bolivia, particularmente, se concretizó en la demanda de control obrero colectivo en las empresas estatizadas.

En la “Tesis de Pulacayo” se habla de las minas administradas por los trabajadores. El Movimiento Nacionalista Revolucionario como siempre deformó el planteamiento revolucionario, lo convirtió en control obrero individual y políticamente controlado por el gobierno además de que corrompió. A pesar del reconocimiento del derecho de voto el control individual no pudo evitar los errores, raterías y arbitrariedades de la administración movimientista.

Cuando así lo ordenó el imperialismo, inclusive el control obrero deformado fue anulado desde arriba. Es entonces que los trabajadores responden exigiendo el control obrero colectivo, que debe funcionar bajo la vigilancia de las bases y cuya misión fundamental debe consistir en canalizar y potenciar la capacidad creadora de las masas radicalizadas.

**3.** La privatización de las empresas de la COMIBOL llevó la política económica liberal a su mayor extremo y entregó a las transnacionales en malbarato lo más valioso del país. Bolivia ha sido, es y seguirá siendo país minero.

La terca lucha popular contra esa política entreguista adquiere una gran significación porque expresa la necesidad y urgencia de afirmar la liberación nacional frente a la brutal política colonizadora del imperialismo, que así se concretiza para los países atrasados la presencia del capitalismo mundial.

Los hechos demuestran que la tarea inexcusable de defender a la Corporación Minera de Bolivia –de defender a Bolivia- importa oponerse al gobierno burgués y a su política entreguista tanto al entreguismo desembozado de los gobiernos llamados “neo-liberales” como a su variante masista que propugna una ilusoria “asociación” del Estado con las transnacionales, ficción que busca encubrir el entreguismo burgués del MAS. La burguesía nativa y el conjunto de sus expresiones políticas, viven de las limosnas que les arroja el imperialismo.

Profundizar esta lucha -política por su misma esencia y una faceta del enfrentamiento entre la nación oprimida con la nación opresora-, quiere decir encaminarse a destruir a la clase dominante actual y a su expresión gubernamental. La lucha de la nación oprimida contra la nación opresora exterioriza la voluntad del país de existir como soberano frente a las metrópolis saqueadoras y mediatizadoras.

El dilema está planteado: la expulsión de las transnacionales puede abrir la posibilidad del desarrollo del país o bien la victoria de aquellas concluirá convirtiéndolo en hacienda de la metrópoli. La defensa de la Corporación Minera de Bolivia y de las empresas estatales en general es la defensa de la existencia misma de nuestro país.

La trascendental importancia de esta lucha arranca de la evidencia de que el estaño, los minerales, los hidrocarburos, constituyen -aun en las épocas de crisis económicas- el eje fundamental de la economía nacional. Como siempre, el que es dueño de las minas y de los pozos petrolíferos es dueño del país. El poder económico es el que define, en último término, el destino del poder político.

La nación oprimida, la mayoría nacional, buscan arrancar a Bolivia de las garras del imperialismo -de las transnacionales, del FMI, del BID, del Banco Mundial-y de la burguesía nativa, su sirviente incondicional.

Como se ve, nos encontramos frente a la lucha de vida o muerte para el país.

El Partido Obrero Revolucionario se diferencia con toda nitidez del reformismo de todos los matices y de la burguesía, porque defiende abiertamente el estatismo como el camino que puede permitir preservar la independencia e integridad de Bolivia. En las condiciones actuales, una irrestricta economía de mercado equivale poner en remate al país, decretar su desaparición como Estado gobernado por los bolivianos.

**4.** Hay una sola forma de defender eficaz y realmente a las empresas públicas, defendiendo el estatismo, arrancándolo de las garras de sus actuales detentadores.

Vuelve a aflorar, de manera incontenible, la trascendental y apasionante consigna de ocupación de las minas por los trabajadores, que por primera vez apareció en la histórica "Tesis de Pulacayo", el programa de la revolución proletaria.

No se trata de un simple acto de protesta o de una postura simbólica, sino de que la clase obrera tome en sus manos las minas, los yacimientos petrolíferos, etc., para mantenerlos en proceso de producción, para defender las fuentes de trabajo, los salarios, etc.

La urgencia de solucionar los problemas emergentes de la actividad productiva de las empresas estatizadas, obligará a los explotados a tomar en sus manos los resortes fundamentales de la economía nacional: el comercio exterior, la red bancaria, etc.

Esto quiere decir que las masas bolivianas, en cierto momento, tendrán necesariamente y si quieren sobrevivir, que lanzarse a la conquista del poder político por la vía insurreccional.

La administración colectiva de las empresas estatales será, a su modo, la proyección del control obrero colectivo.

El objetivo central de la nación oprimida es el de derrotar la economía liberal y la privatización de las empresas públicas. Su materialización plena se dará como destrucción de la burguesía nativa, de su gobierno, en fin, de la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción.

Será la dictadura del proletariado, el gobierno obrero-campesino, el que derrotará definitivamente a la política económica de corte liberal y el que defenderá y profundizará el estatismo, instrumento en manos de los explotados para sentar las bases de la futura sociedad sin clases.

**5.** La lucha revolucionaria contra la política económica liberal -"relocalizadora" y hambreadora-, contra la privatización de las empresas estatizadas, en fin, contra el remate del país, es nacional sobre todas las cosas y esta siendo librada por las masas en general. Ni duda cabe que la dirección política corresponde al proletariado, la única clase social que puede acabar con la burguesía explotadora y opresora.

Este movimiento por la supervivencia y por la liberación de la opresión imperialista, constituye el basamento del frente antiimperialista, táctica que permite a la clase obrera convertirse en caudillo nacional.

La victoria sobre la burguesía y su política antinacional será posible si se incorporan militantemente a este movimiento los comités cívicos regionales, las masas inmersas en la economía informal, junto a los sindicatos de obreros activos y desocupados, de campesinos, etc.

La ocupación de las minas sólo puede concebirse en este marco de lucha.

## **V. ALIANZA OBRERO-CAMPESINA FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIIMPERIALISTA**

1. Las masas campesinas, admirables por su tenacidad en la lucha, tienden, partiendo de sus necesidades del presente, a emanciparse de la influencia oficialista (influencia que tiene mucho de chantaje ejercitado por los caciques) y de la burocracia sindical.

Debe tenerse conciencia que los campesinos romperán los grillos que actualmente contienen su voluntad antiburocrática y de lucha, no como consecuencia de algunos discursos o gacetillas que pueden redactar, con mentalidad paternalista y exótica, los intelectuales pequeño-burgueses, sino como resultado de la experiencia que adquieren en su lucha diaria alrededor de objetivos que tengan directa relación con sus condiciones de vida y de trabajo. Son las luchas contra los robos, exacciones, impuestos abusivos, el látigo que les obliga a vender sus productos a precios bajísimos, la frustración de las promesas y programas gubernamentales, la movilización contra la hambruna en muchas regiones, las que enseñan a los campesinos a descubrir dónde se encuentran sus aliados y dónde sus enemigos y verdugos. Las cicatrices en el propio cuerpo constituyen el alfabeto que les permite este elemental aprendizaje.

Las masas campesinas han madurado lo suficiente para ya no confiar en la caricatura democrática, en el gobierno burgués de turno, en las elecciones manipuladas y para repudiar a la supuesta nación boliviana unitaria, aunque ahora se la denomine “plurinacional” en el papel de la Constitución. En el pasado existieron evidentes indicios de descontento y desconfianza frente al gorilismo, no por estar encarnado en un dictador de charreteras, sino porque comprendieron que estaban perdidas si seguían esperando que su bienestar y liberación les sean obsequiados por las autoridades gubernamentales, que no tuvieron el menor reparo de masacrarlas en Tolata y otras zonas del agro.

La movilización de los campesinos, su desplazamiento hacia la izquierda, permitirá el remozamiento de sus organizaciones sindicales, su fortalecimiento y democratización; en esa medida comenzarán, como en el pasado, a girar alrededor de las grandes organizaciones proletarias, volverán a vitalizar con su aporte humano multitudinario y con sus innegables virtudes de lucha, a la Central Obrera Boliviana y a los órganos de poder que vayan creándose en el transcurso de la incorporación de las masas a la lucha revolucionaria. El campesino es el aliado natural del proletariado y esto se evidencia cuando en los hechos, en la actividad diaria, se da esta alianza.

2. La alianza obrero-campesina no debe entenderse como un pacto firmado entre dos potencias de igual a igual y que se dividen el campo de acción con el mismo criterio. La alianza obrero-campesina quiere decir, si hablamos en el plano de la sinceridad revolucionaria, que el proletariado arrastra políticamente tras de sí al campesinado con consignas que importen la solución efectiva de sus más premiosos problemas.

Esta alianza se da en el curso de la lucha, es la vanguardia revolucionaria la que gana la confianza de los campesinos al demostrar su consecuencia en la batalla, su sincera adhesión a los objetivos de la liberación de la mayoría nacional. Este concepto de la alianza obrero-campesina, que no solo es el más realista sino el único revolucionario, debe traducirse en las organizaciones sindicales y órganos de poder, donde la clase obrera debe conservar su condición de dirigente político y los campesinos de base de sustentación y apoyo de la política

revolucionaria (el supuesto de que esta alianza importa un pacto de igual a igual y la urgencia de limitar el proceso a los objetivos democráticos, se confunde con posiciones francamente contra-revolucionarias).

**3.** Por alianza obrero-campesina no debe entenderse, ajustándonos a su acepción literal, únicamente como la marcha de las masas campesinas detrás del proletariado, sino la movilización en ese sentido de la mayoría más vasta y empobrecida de la pequeña burguesía de las ciudades. En el plano de la propaganda y, sobre todo, de la agitación, no se dice alianza de los obreros con los campesinos y los estudiantes, maestros, artesanos, etc., sino simplemente alianza obrero-campesina.

Sin embargo, existe una diferencia entre alianza obrero-campesina como tal y esa alianza extendida a la pequeña burguesía en general. La primera no se opera, en momento alguno, a través de los partidos políticos de ambas clases, mientras que en las ciudades con frecuencia se sigue este camino; pero en tal caso tampoco se trata de un pacto entre iguales, sino del reconocimiento de la hegemonía política del proletariado y del obligado apoyo de la pequeña burguesía a la clase obrera. Los pactos entre los partidos proletario y pequeños burgueses se hacen dentro de la perspectiva de que la lucha permita al primero arrancar a estos últimos el control de las masas de la clase media. Esta realidad y esta tendencia deben proyectarse en las organizaciones sindicales y políticas.

La movilización de la pequeña burguesía de las ciudades es fundamental para la revolución. La masa estudiantil, por ejemplo, por su número y su gran capacidad de imprimir carácter explosivo a sus manifestaciones, se convierte en un valioso auxiliar del proletariado y que dadas las condiciones del país, resulta irremplazable. La experiencia enseña que en cierto momento de la evolución política, cuando el proletariado permanece agazapado o se bate en retirada, los estudiantes actúan como el único canal de expresión de las corrientes revolucionarias.

Los estudiantes son ganados ideológicamente en favor de las posiciones revolucionarias; pero a veces se manifiesta en ellos la peligrosa tendencia de constituirse en el eje y dirección de la revolución, en maestros de estrategia y táctica. Cuando se da esta desviación, los estudiantes pretenden imponer a las masas sus objetivos y sus métodos de lucha. La movilización importantísima de este sector de la pequeña burguesía puede tornarse peligrosa y favorecer a la contra-revolución si no se efectúa bajo la dirección del proletariado; los estudiantes deben ser educados en la certeza de que ellos constituyen sólo un auxiliar, aunque valioso, en el proceso revolucionario.

La movilización real de la mayoría de los estudiantes debe partir de las necesidades emergentes de su vida diaria y, en el presente momento, ellos se concentran alrededor de los problemas fundamentales de la universidad, que tienen relación con la autonomía. La autonomía universitaria es fundamental para el proceso revolucionario porque puede permitir que las universidades se conviertan en canales de movilización revolucionaria de las masas de las ciudades, pero la función que cumpla la autonomía, en favor o en contra de la revolución, depende de que el proletariado pueda dirigir políticamente a los estudiantes que imprimen su sello a esta reivindicación democrática e histórica.

En materia educativa se lucha por lograr la unidad entre los trabajos manual e intelectual, que permitirá superar la deshumanización del hombre actual. Este objetivo ataca la base misma del capitalismo, que parte de la separación entre teoría y práctica.

4. La revolución en Bolivia será protagonizada por varias clases sociales, que tienen intereses y también objetivos diferentes, y no por una sola, el proletariado. En esto se diferencia con toda nitidez la revolución de los países atrasados de la que tiene lugar en las metrópolis del capitalismo.

Los que hablan únicamente de la clase obrera como personaje de la revolución en un país atrasado como Bolivia, no solamente incurren en una utopía porque sin decidir están planteando la realización, desde el comienzo, de una revolución puramente socialista, sino que, al contribuir al aislamiento de la clase obrera, pugnan por tomarla imposible. Las masas explotadas que cotidianamente ocupan las calles y se rebelan contra el gobierno y el estado de cosas imperantes, por la necesidad de defender sus intereses peculiares, no son puramente proletarias, están constituidas por varias clases sociales. Sólo el proletariado es la clase social revolucionaria por excelencia, esto porque sepultará al capitalismo y estructurará el comunismo, por esto le corresponde históricamente la dirección del proceso revolucionario; las otras clases explotadas defienden su pequeña propiedad privada (esto les une al capitalismo) y sus explosiones son únicamente actitudes revolucionarias ocasionales. No está, pues, en discusión si la revolución boliviana será hecha por una o varias clases; el verdadero problema de la estrategia revolucionaria radica en saber qué clase social la acaudillará, pues de esto depende qué curso tomen, si desembocan en la revolución o se diluyen sus esfuerzos en el reformismo intrascendente o en el democratismo chirle. La revolución será hecha por las masas, pero la composición social de ésta varía según los diversos países y el grado de desarrollo capitalista al que éstos han llegado.

La clave radica en saber qué clase social -el proletariado o la burguesía- aglutina o dirige políticamente a la nación oprimida. De ahí arranca la diferencia radical entre el frente antiimperialista, los frentes populares y la unidad nacional, estos dos últimos propiciados por la burguesía y sus sirvientes.

La opresión imperialista alcanza a la mayor parte de las masas, es una opresión nacional y no puramente clasista. Hemos indicado que este fenómeno modifica la interrelación de las clases sociales y plantea la posibilidad de que el proletariado minoritario acaudille el proceso revolucionario y a las masas mayoritarias. Este proceso sólo puede cumplirse a través de una aguda lucha de clases, pues el liderazgo del proletariado se materializa en el plano político. En este terreno se presentan con toda nitidez las diferencias estratégicas del Partido Obrero Revolucionario con los otros partidos y particularmente con aquellos que adoptan posiciones mencheviques y nacionalistas. La penetración imperialista, que tiene lugar en los sectores fundamentales de la economía y de una manera decisiva, acentúa nuestro atraso e imprime caracteres dramáticos al desarrollo combinado; esta penetración posibilita la revolución acaudillada por la clase obrera, no solamente por haber contribuido a la aparición de ésta, sino porque, es el punto de partida de la subversión de la mayoría nacional.

Toda revolución es nacional, por la sencilla razón de que no puede concebirse una minoritaria; pero se convierte en una afirmación simplista, si no se sabe cómo se comportan las clases sociales dentro de esa mayoría. El Partido Obrero Revolucionario ha señalado con toda nitidez que la revolución boliviana tendrá que cumplir a plenitud las tareas burguesas que se encuentran pendientes, por esto mismo, ha enseñado también a desconfiar del nacionalismo de contenido burgués, que en nuestro país es protagonizado por las direcciones políticas de la pequeña burguesía, este nacionalismo no tiene más posibilidades que traicionar el programa, las promesas y los slogans que se ve obligado a lanzar bajo la presión de las masas. Se sostiene que la lucha de la nación oprimida contra los opresores foráneos está por encima de las clases

sociales y de sus objetivos limitativos, esto con la única finalidad de someter a la clase obrera a la tutela y dirección de las otras clases, que, en los hechos, conduce al estrangulamiento del proceso revolucionario en los límites capitalistas, a su estancamiento y a su inoperancia.

La lucha contra la opresión imperialista o liberación nacional, es un objetivo común de varias clases sociales, que ciertamente tienen, además, otros objetivos y otros intereses diferentes. Sin embargo, cuando el antiimperialismo (nacionalistas e izquierdistas que capitulan ante él gustan limitarse a considerar el problema así en abstracto) se concretiza en fusión del partido político que decide la suerte del frente nacional contra el imperialismo, se comprueba que cada clase social le da diferente interpretación y perspectivas. El que el anti-imperialismo concluya o no en la liberación nacional depende de quién logre convertirse en dirección política del movimiento nacional. Cuando decimos que el proletariado debe dirigir políticamente la lucha antiimperialista estamos sosteniendo implícitamente que no podrá menos que agudizarse la lucha de clases en el seno del frente nacional antiimperialista.

Cuando el proletariado dirige políticamente a la nación oprimida, la liberación nacional se incorpora como un punto al programa de la revolución proletaria. Esto es el frente antiimperialista, táctica propia de los países atrasados; vigente hasta tanto no se instaure la dictadura del proletariado.

**5.** La lucha contra el imperialismo no es el único punto en el que convergen clases diversas y oprimidas, existen muchos otros, por ejemplo, la lucha por la vigencia de las garantías democráticas. Por otro lado, las tareas democráticas pendientes cuando pasa a manos del proletariado, no pierden su carácter nacional, pero éste les imprime su propio sello, les abre la perspectiva del socialismo, eso sucede con el problema de la tierra, etc.

Constituiría un absurdo el pretender aislar el objetivo antiimperialista de los otros que son comunes a las diversas clases, que son tareas de la misma revolución; contrariamente, la lucha antiimperialista se entrecruza con los otros objetivos. Algunos “demócratas” pretenden que el anti-imperialismo relega a segundo plano los otros aspectos de la revolución. Esta postura no es casual, buscan convertir el anti-imperialismo en una finalidad estratégica, a fin de estrangula el proceso revolucionario en el estrecho marco del democratismo burgués. Sabemos que por tal camino, solamente se puede ir a la capitulación ante la burguesía nacional y, por este canal, ante el imperialismo opresor. De la misma manera que no se puede luchar contra el imperialismo sino se lucha, al mismo tiempo, contra sus sirvientes criollos que usurpan el poder, tampoco se puede separar el anti-imperialismo del resto del proceso revolucionario, que constituye toda una unidad y que bajo la dirección del proletariado tiende a destruir toda forma de opresión de clase.

Las clases más diversas, pero todas ellas explotadas y oprimidas, necesariamente conforman un solo frente para llevar adelante el proceso revolucionario. No bien se perfila esta perspectiva se proyecta ya la lucha de clases, direcciones políticas que responden a diversos intereses clasistas pugnan por dirigir este frente. El frente no podrá menos que proponer respuestas a las tareas que plantea la revolución y entre éstas a la necesidad de liberar al país de la opresión imperialista. Aunque este frente recibe el nombre de antiimperialista no se limita a este objetivo, que en cierto momento puede adquirir relevancia, sino que plantea todos los aspectos de la revolución.

El frente antiimperialista tampoco es una abstracción y no debe considerarse como revolucionario por el solo hecho de que existe, todo depende de qué clase social dirija este frente nacional y



qué estrategia enarbole. Los frentes antiimperialistas que se han dado y los que puedan darse pueden ser englobados en dos grupos: los frentes anti-imperialistas dirigidos por la burguesía o pequeña burguesía y los dirigidos por el proletariado. El estalinismo propugna el primer tipo de frentes o se suma allí donde se da; somete al proletariado a la burguesía, proclama y realiza la colaboración de clases, da diversas formas al frente popular, uno de los instrumentos de la burguesía agonizante.

El frente antiimperialista burgués supone que la clase obrera pierda su independencia de clase (esto porque no puede enarbolar sus propios objetivos, aunque se organice de manera independiente) y se subordine a la dirección burguesa. Como quiera que esta clase social propugna la revolución democrático-burguesa, considera que la lucha antiimperialista constituye el objetivo máximo al que se pueda aspirar.

Ese sentido adquiere la tesis de que el proletariado para no caer en un sectarismo suicida se abstenga, al menos por el momento, de formular sus objetivos estratégicos, pues éstos tienden a romper el marco capitalista. La conclusión más lógica dice que la clase obrera debe aún esperar fortalecerse y educarse dentro del proceso de desarrollo capitalista y democrático del país. Ni duda cabe que este frente anti-imperialista no consumará la liberación nacional ni cumplirá las tareas democráticas, concluirá traicionando este programa e impedirá el fortalecimiento político e ideológico del proletariado. Teóricamente no puede descartarse que la burguesía en su desarrollo, entre en fricción con el imperialismo, debido a que ambos pueden tener intereses materiales momentáneos contrapuestos. Mas, como queda indicado, en el caso boliviano no podrá darse un movimiento antiimperialista dirigido por la burguesía, por la sencilla razón de que casi no existe una burguesía entroncada en una poderosa industria pesada. Su lugar ha sido ocupado por la pequeña-burguesía, a la que deben aplicarse las consideraciones anteriores. El Partido Obrero Revolucionario desenmascara y lucha contra este tipo de frentes supuestamente antiimperialistas.

El antiimperialismo timoneado por la burguesía concluye regateando los precios de las materias primas y un nuevo ordenamiento de las relaciones metrópoli semicolonias.

El frente antiimperialista dirigido por el proletariado es el único revolucionario porque se subordina a la estrategia de esta clase social y que tiende a destruir toda forma de opresión de clase y no solamente la opresión nacional. El Partido Obrero Revolucionario concibe este frente dentro de las líneas que fueron señaladas por el cuarto congreso de la Internacional Comunista, es decir, como una táctica destinada, en los países atrasados donde existen grandes movimientos de masas dirigidos por partidos no proletarios, a convertir, a la clase obrera en caudillo de los movimientos nacionales.

Este frente se plantea la necesidad de orientar a las masas explotadas, a la mayoría nacional, hacia la dictadura del proletariado (gobierno obrero-campesino), a la materialización de la liberación nacional, en el marco de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, y a su entroncamiento con el socialismo.

Ni el antiimperialismo es la finalidad única y última de la lucha (es sólo una de las tareas de la revolución dirigida por la clase obrera), ni el frente antiimperialista revolucionario debe considerarse como la estrategia de la lucha en los países atrasados, sino únicamente como una táctica que permitirá a la clase obrera convertirse en el caudillo nacional.

El proletariado en el seno del frente antiimperialista, impone sus métodos de lucha a la par que su estrategia. Este aspecto es sumamente importante, porque al frente se incorporarán tendencias

intelectuales pequeños-burguesas que vienen del foquismo y que siguen manteniendo relaciones con él, ahora convertidas al democratismo-burgués a ultranza.

Las masas explotadas en general se asimilan fácilmente a los métodos de lucha obreros: la acción directa en todas sus manifestaciones.

La experiencia ha demostrado que la suerte del frente antiimperialista depende del programa del proletariado y de una dirección frentista a fin de modificar en los hechos y no en el plano de los enunciados, el programa revolucionario para reducir el frente a un simple instrumento del golpismo o de sus aventuras foquistas.

El Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA) en el exilio ha agotado, en el plano de las discusiones y de la práctica, el tema de cuál debe ser la estructura y orientación del antiimperialismo revolucionario. El POR toma en sus manos la tarea de vitalizar este frente en los lugares mismos de trabajo, cuidando de que la verdadera dirección sea el proletariado.

## VI. LOS MÉTODOS DE LUCHA

1. Los métodos de la revolución boliviana son los métodos de la revolución proletaria. No solamente se trata de que los métodos de lucha se encuentran subordinados a la finalidad estratégica, sino de que aquellos reaccionan sobre la finalidad última de la lucha y la condicionan, en cierta manera. No todos los métodos de lucha conducen a la toma del poder por el proletariado, algunos (colaboración clasista, parlamentarismo, economismo, ministerialismo, foquismo, etc.) apartan a las masas de esta finalidad y pueden convertirse en el más grande escollo de la revolución.

Además de los métodos propios del proletariado, en cuya base se encuentran la movilización y la acción directa de masas, están aquellos otros de los que se apropia la clase revolucionaria a lo largo de su lucha y que fueron utilizados por las masas no proletarias en el transcurso de nuestra historia (el parlamentarismo y la guerrilla, por ejemplo). La clase obrera impone sus métodos de lucha y de organización a las masas que se incorporan a la lucha y cuando se da el caso de que se apropie de los utilizados por las otras clases.

La acción directa de masas quiere decir que los explotados toman en sus manos la solución de sus

problemas e inclusive de los nacionales. La huelga general -política por significar la lucha de clase contra clase-sigue siendo el más poderoso método de lucha propio del proletariado. Es absurda la pretensión de algunos grupos ultra-izquierdistas de imponer a las masas determinados métodos de lucha, partiendo únicamente de la consideración de que ellos se han entrenado para su adecuada utilización o de que se encuentran incluidos en los textos clásicos del marxismo. Los métodos de lucha son genuinas creaciones instintivas de las masas en su actividad cotidiana y obedecen a determinadas necesidades históricas.

El partido revolucionario no escribe recetas sobre la utilización de determinados métodos de lucha sino que asimila y generaliza lo que hacen las masas al respecto; puede cumplir esta labor porque vive enraizado en el seno de los explotados.

La vigencia o no de determinado método de lucha depende de las condiciones políticas imperantes en determinado momento y del propio desarrollo de la clase obrera. Constituye el mayor de los equívocos el pretender que un cierto método de lucha tenga validez universal y reducirlo a una abstracción que puede aplicarse no importa en qué condiciones. Este ejercicio propio de los intelectuales no interesa a la clase obrera que al margen de tales especulaciones vuelca toda su experiencia adquirida con el empleo de determinados métodos de lucha y cuya vitalidad se demuestra porque corresponde a la evolución política de la clase. La experiencia nacional e internacional enseña que las masas, en condiciones de extrema tensión de la lucha de clases, tienen gran capacidad creadora en este terreno, sacan de sus entrañas los métodos adecuados para la acción en determinado momento sin esperar el consejo de los intelectuales. De una manera general, todos los métodos de lucha creados por las masas son patrimonio del proletariado, están incluidos en su arsenal, lo que no quiere decir que puedan ser utilizados cuando así se les ocurra a algún líder de buena voluntad y de mucho entusiasmo, como si se tratase de una actividad deportiva. El partido revolucionario debe permanecer atento a lo que hagan las masas en materia de adopción de los métodos de lucha y no debe descontarse de que sean creados otros en el calor de la lucha y se introduzcan modificaciones en los ya existentes.

**2.** El Partido Obrero Revolucionario descarta la posibilidad de la transformación pacífica y gradual del capitalismo en socialismo y este criterio aplica a todos los países inclusive a aquellos que ostentan una democracia burguesa formal desarrollada. En la esencia del paso de una sociedad a otra se encuentra la revolución social cuyo punto culminante es la insurrección y ésta no tiene nada que ver con la acción parlamentaria ni con el entendimiento o la deliberación entre las clases sociales antagónicas, sino que es la expresión de la política proletaria por métodos militares; ocioso insistir acerca de que importa la síntesis y el punto más elevado de la violencia revolucionaria.

El POR denuncia al pacifismo pequeño-burgués, que reiterativamente repudia a la violencia en general, venga de donde venga, como a instrumento que utiliza la clase dominante para desarmar a los explotados y entregarlos maniatados a los organismos de represión. Enseña a responder con la violencia revolucionaria -y a usarla debidamente- a la violencia reaccionaria.

La evolución prepara la revolución y la lucha por las reformas, dentro de la línea del Programa de Transición, debe permitir a las masas encaminarse hacia la conquista del poder.

La lucha armada es una manifestación de la acción directa, siempre que se tome en consideración la lucha armada de la clase, de la masa, de sus organizaciones y no de grupos activistas organizados ex - profeso para tirar bombas y que pretenden sustituir a la clase. La lucha armada, del mismo modo que los demás métodos de lucha, no puede tener vigencia en cualquier momento su adecuada utilización, es decir, conforme a los intereses superiores de la revolución, depende de precisas circunstancias políticas.

No debe olvidarse que tienen que ser las masas las que maduren y se organicen para recurrir a la lucha armada.

La lucha armada tiene muchas formas de exteriorización y una de ellas es la guerrilla, que se justifica y adquiere sentido si es la acción de las masas explotadas. La guerra irregular puede emplearse como auxiliar de la lucha de otras organizaciones de masas o adquirir preeminencia sobre otros métodos.

Es la respuesta de los explotados cuando se ven obligados a librar una larga lucha contra un enemigo poderoso y superior a ellos en los aspectos bélicos.

La lucha armada, como todos los aspectos de la actividad social, tiene que estar supeditada a la política del proletariado concentrada en el Partido Obrero Revolucionario. Los cuadros de combate partidista están llamados a constituirse en la columna vertebral de la organizaciones de combate de la clase. La lucha armada en sus múltiples manifestaciones, al margen de la vanguardia del proletariado, puede diluirse en escaramuzas y perder la perspectiva de los objetivos de la clase al no estar referida a la estrategia proletaria.

**3.** Si tenemos en cuenta que la conquista del poder político será consecuencia de la insurrección y que el ascenso revolucionario desemboca en ella, es claro que los explotados tienen el deber elemental de armarse y constituir sus propias organizaciones de combate. También en este terreno tiene que partirse de la rica experiencia de los trabajadores al respecto y asimilar debidamente las enseñanzas que de ella se desprenden. La clase obrera boliviana se ha estructurado alrededor de ideas políticas revolucionarias y una de ellas enseña la necesidad del armamento de los trabajadores y de la constitución de organizaciones militares en el seno de los sindicatos. El proletariado boliviano se ha armado (no debe olvidarse que después de abril de 1952 él y los campesinos eran los monopolizadores de las armas en el país) y ha sido

desarmado una y otra vez, ha participado en refriegas y batallas con las fuerzas del ejército y la policía.

El punto central de la cuestión es político y no técnico (entrenamiento en el manejo de las armas, en la forma de ocultarlas, de organizar destacamentos de combate, etc.), este último es simplemente accesorio. La clase obrera se armará cuando esté políticamente convencida de que debe hacerlo y que es uno de los caminos que debe recorrer para llegar al poder. Ya sabrá encontrar los medios de materializar esa consigna, en la medida en que se acentúe su movilización y el propio desarrollo de los acontecimientos le plantee el problema en términos de urgencia ineludible. Como se ve, la cuestión tiene que formularse como el resultado de la elevada politización, del alto grado alcanzado en la evolución de la conciencia de clase.

Una cosa es el armamento de la clase y otra del partido revolucionario. Hay tendencia a creer que el armamento partidista es ya el armamento de las masas. El Partido Obrero Revolucionario tiene la obligación de armarse y esto en todas las épocas con miras a estar debidamente preparado para actuar en los momentos insurreccionales y en operaciones previas a ella.

El arsenal natural de las masas es el ejército. El armamento del pueblo se presenta, como consecuencia de la influencia ejercida por la propaganda y el ejemplo de los grupos foquistas, como una acción exterior a ellas, como una dádiva venida de algún país foráneo, esto quiere decir que el armamento de las masas se formula de una manera artificiosa o por lo menos mecánica. La cuestión central no es tener que repartir indiscriminadamente las armas, sino saber qué combatientes políticamente aptos la recibirán.

**4.** Aparentemente -sólo aparentemente-el ejército es una unidad granítica y solamente hasta cierto punto funciona la verticalidad de su estructura y su disciplina. Vive en medio de la lucha de clases, de las pasiones políticas y sufre las presiones de los dueños del poder y de los trabajadores que luchan por libertarse de la opresión de la clase dominante criolla y del imperialismo, éste último influencia en gran medida sobre la estructura de las fuerzas armadas, desde el momento que tiene parte decisiva en su formación, en su avituallamiento, etc.

El ascenso revolucionario actúa como una fuerza disolvente sobre el ejército. La agudeza de la lucha de clases y la radicalización de las masas abren la posibilidad de fisiónomizar y ahondar las diferencias sociales dentro de las fuerzas armadas, de politizar a sus capas más bajas y más amplias. No se trata simplemente de lanzar algunas consignas acerca de la necesidad de que soldados, clases, suboficiales y jóvenes oficiales se sumen a la revolución o de hacerles llegar ocasionalmente panfletos, el trabajo tiene que orientarse a formar células poristas en el seno mismo de la ciudadela represiva de la reacción. Este trabajo político tiene que estar a cargo del partido y, de igual manera que en los otros sectores sociales, solamente él puede educar debidamente a los elementos y capas castrenses que sienten inclinación por la lucha revolucionaria y son ganados por ella.

No catalogamos por principio a todos los componentes del ejército como contra-revolucionarios, sino a su alta jerarquía, a los jefes y oficiales que están en la cumbre del mando militar, que se han enlodado en la inmoralidad y en el latrocinio y viven de las migajas que les arroja el imperialismo, repudiamos a los que conscientemente sirven a los enemigos de Bolivia y de las masas; pero sabemos perfectamente que la mayoría del ejército está umbilicalmente vinculada con las masas explotadas, con los obreros y campesinos, compuesta por los soldados, los clases y los suboficiales. Estos elementos tienen que, ser ganados para la revolución, tienen

que pasar a nuestras filas y lo harán con sus armas.

Los jóvenes oficiales, la mayoría de los que han sido educados en el Colegio Militar, sienten una natural preocupación por resolver los problemas nacionales, por evitar que el ejército siga enfrentándose con las masas populares, para servir mejor a los verdugos de los bolivianos y a los saqueadores de las riquezas nacionales, por esta razón son permeables a la propaganda y acción revolucionaria, pueden ser ganados por el programa del Partido Obrero Revolucionario. Un trabajo paciente, clandestino y sistemático en este sentido debe ser desarrollado en todas las épocas, La profundización de la lucha de clases permitirá cosechar los frutos de toda esta siembra. Las capas castrenses influenciadas por las masas y por el partido revolucionario desarrollarán, tarde o temprano, una oposición política a la alta jerarquía, traduciendo así en el seno de las fuerzas armadas la lucha de clases que se desarrolla en el país.

El trabajo en el seno del ejército debe partir de las necesidades de la mayoría de sus componentes, de la lucha por la conquista de sus derechos políticos elementales y que puede concluir quebrantando la disciplina actual, que busca encadenar a la tropa e impedirle expresar libremente su voluntad. Los soldados y los clases son motivo de explotación inhumana por parte de la alta jerarquía castrense, que los alquilan para determinados trabajos como si fueran bestias o bien les hacen trabajar en actividades comerciales que benefician a determinados círculos cerrados de privilegiados.

**4.** En manos de la clase dominante, incapaz de estructurar un verdadero ejército profesional, el servicio militar obligatorio, se ha convertido en un mecanismo que denigra la condición humana de la juventud, en particular de la campesina, en beneficio de la alta jerarquía militar.

El POR plantea la necesidad de que las masas aprendan el manejo de las armas, y lucha porque se dé un trato humano a los soldados.

**5.** La insurrección es el momento culminante revolucionario de las masas se produce cuando el aparato estatal y, particularmente el ejército se desintegra, cuando las clases medias operan una profunda oscilación hacia la izquierda, cuando los campesinos y las capas más vastas de las masas explotadas se incorporan a la lucha. El momento de la insurrección se mide por días y por horas y no por meses o por años, debe ser detectado y señalado por el Partido, considerando que se trata de un fenómeno objetivo.

En la insurrección la política obrera se traduce en lenguaje militar y debe ser considerada como un verdadero arte.

**6.** Los sindicatos pueden constituir un poderoso canal de movilización y, en nuestro país, esto está demostrado por todas las tradiciones del sindicalismo, conformado alrededor de documentos programáticos políticos, anticapitalistas y revolucionarios. Sin embargo, constituiría un gravísimo error considerar a los sindicatos como si fuesen revolucionarios por sí mismos o como si pudiesen sustituir al partido político en el momento insurreccional y después consolidar el poder obrero. La conducta revolucionaria o reaccionaria de los sindicatos es consecuencia de que el Partido Obrero Revolucionario haya logrado o no el control ideológico y político de los comandos sindicales y tenga organizados fuertes cuadros en las bases obreras. La actividad radical es parte de la política revolucionaria de la clase obrera, cuya máxima expresión es

precisamente, el POR. No hablamos de un control burocrático o de la arbitraria imposición de dirigentes por parte del partido, sino de la dirección política del movimiento sindical.

7. La participación en la actividad electoral es posible únicamente cuando puede contribuir a ganar posiciones en el movimiento obrero, particularmente en los momentos de desbande de los trabajadores, en los períodos posteriores a derrotas o durante los pasos iniciales del ascenso de masas; contrariamente, esa participación resulta contraproducente cuando los explotados se encaminan resueltamente hacia la insurrección, entonces las elecciones convocadas por el Poder Ejecutivo resultarán actos distraccionistas destinados a desviar a las masas de sus objetivos revolucionarios. Para el Partido Obrero Revolucionario la participación en el parlamento tiene sentido únicamente si éste va a ser convertido en trinchera revolucionaria, si va a contribuir a aglutinar, orientar y educar a las masas, si esta actividad se va a subordinar a la acción directa de los explotados y oprimidos. Se participa en las elecciones para coadyuvar a las masas a superar las ilusiones democráticas.

8. La clase obrera se incorpora a la lucha desde una posición de extrema explotación, sin tener dominio sobre la economía y la cultura y ninguna práctica acerca del manejo del aparato estatal, vale decir instinto de poder. A medida que se acentúa la movilización de las masas, se suman a la lucha sectores muchos más vastos que los que se ven actuar en el marco sindical, son sectores hasta entonces muy atrasados e incultos. El mismo desarrollo del proceso revolucionario obliga a organizar a esta masa virgen, política y sindicalmente hablando; las viejas organizaciones laborales resultan muy estrechas y no funcionan como dirección de estas imponentes multitudes. Es entonces que nacen organizaciones elásticas, por encima de los prejuicios organizativos y aglutinando a masas de diversas clases (desde los sectores populares más diversos, pasando por los campesinos, hasta comprender virtualmente a casi toda la clase obrera). De una manera natural estas organizaciones se convierten en la única autoridad para los explotados, sus órdenes y decisiones son las únicas leyes que rigen para ellos, se les consulta acerca de todos los problemas de la vida, en cierta medida se convierten en órganos de poder de las masas movilizadas, adoptan resoluciones al margen de la voluntad del gobierno central y del ordenamiento jurídico vigente, consultando solamente la voluntad e intereses de los explotados. Estos organismos no se limitan a deliberar o adoptar resoluciones, sino que tienden a ejecutarlas por sí mismos y su efectivización está en relación con el grado de movilización de las masas y con el empleo de la acción directa; podrán o no estar armados, podrán o no discutir y resolver el problema de la toma del poder político, pero son los gérmenes de la dictadura del proletariado. Este poder obrero, en constante evolución, entra en choque con el poder central que pugna por seguir imponiendo su voluntad en todo el ámbito nacional. Se trata de organizaciones soviéticas, que al plantear la dualidad de poderes no podrán menos que afrontar, tarde o temprano, la cuestión de qué clase social será la que monopolice el manejo del poder estatal. Esta situación no podrá prolongarse indefinidamente y tiene que resolverse a favor de la victoria de la revolución o del aplastamiento de las masas por parte de la reacción.

El Partido Obrero Revolucionario debe estar atento al surgimiento de órganos de poder, por muy incipientes que sean, para ayudarles a estructurarse, a consolidarse y a crecer. En este sentido, las masas bolivianas tienen como punto de partida la rica experiencia adquirida a través de la Central Obrera Boliviana de la primera época y de la Asamblea Popular, órganos de poder, frentes antiimperialistas y organizaciones soviéticas, que permitieron la preeminencia

del proletariado en el proceso revolucionario y actuaron como canales de movilización de las masas, orientándolas hacia la victoria de la revolución dirigida por la clase obrera.

No se trata de actuar con criterio ultimartista y obligar a las masas a reeditar tal o cual experiencia o a bautizar con determinado rótulo a las organizaciones que pudiesen crearse en el curso de la lucha, sino de que los explotados en su ascenso hacia el poder no pueden menos que crear con sus manos órganos de poder que son imprescindibles en esa marcha. Lo que el POR tiene que hacer es trabajar en el seno de esas organizaciones para darles un alto nivel político, esa es su misión y no otra.

Las enseñanzas de la Asamblea Popular, asimiladas gracias a la labor crítica realizada por el POR, han penetrado a la subconsciencia de las masas y están allí agazapadas hasta el momento político propicio, que será cuando vuelvan a ganar el primer plano y permitir a los explotados que su lucha se realice en óptimas condiciones para alcanzar la victoria.



## **VII LA DICTADURA DEL PROLETARIADO**

### **(El Gobierno Obrero-Campesino)**

### **LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMÉRICA LATINA**

1. La estrategia del proletariado, que es la estrategia del Partido Obrero Revolucionario, conduce al gobierno dirigido por él y no a ningún otro. En este terreno son nítidas las diferencias entre el movimiento trotskista boliviano y las otras agrupaciones que se reclaman de la izquierda o de la clase obrera.

Los partidarios de la revolución por etapas y los propugnadores del antiimperialismo como la meta última del proceso revolucionario concluyen sosteniendo el gobierno popular antiimperialista, democrático o revolucionario, como la única fórmula gubernamental viable en un país atrasado como Bolivia. ¿Cuál es el contenido de clase de esta fórmula tan divulgada en las filas de la izquierda? Se trata, ni duda cabe, de una fórmula para un tipo de gobierno que corresponde a la etapa democrático-burguesa de la revolución, vale decir, de una etapa que no se dará ya. Sería, para hablar con claridad, un gobierno de contenido burgués, esto aunque se bautice como “revolucionario” y “antiimperialista”, cuya misión limitadísima no sería otra que la de cumplir las tareas democráticas. Posteriormente, después de vivir largamente la etapa democrática, se abriría la posibilidad de que el proletariado luche por su propia dictadura y por el socialismo. Nuestros “socialistas” añaden que la clase obrera sería la fundamental en ese gobierno, se cuidan de decir que debe ser también la políticamente dirigente, pues en este caso ya no puede darse ese gobierno popular y democrático, sino una variante de la dictadura del proletariado.

La fórmula democrática lo que hace es supeditar políticamente, en el plano gubernamental al proletariado y a las otras clases sociales. Es por esta razón que el POR debe analizar y desenmascarar ante las masas el carácter contra-revolucionario de la fórmula “gobierno popular y antiimperialista”. Es claro que este gobierno, si se da, sucumbirá ante la presión imperialista y rosquera, antes de plantearse seriamente la cuestión de la liberación nacional, que de ninguna manera podrá cumplir.

2. El Partido Obrero Revolucionario utiliza la consigna de “gobierno obrero-campesino” en el mismo sentido que lo hicieron los bolcheviques, como una expresión popular de la dictadura del proletariado.

La evolución política del país, que puede sintetizarse como la madurez de las masas para la comprensión del programa revolucionario del trotskismo, a través de la experiencia adquirida en el proceso de hundimiento y caducidad de los planteamientos nacionalistas y antiimperialistas de la pequeña burguesía radicalizada y de las luchas libradas junto a los campesinos, convence al proletariado que solamente él puede dirigir la lucha revolucionaria y antiimperialista y llevarla hasta la victoria final. En estas circunstancias no puede pensarse en formas gubernamentales que sean largos preludios de la dictadura del proletariado, sino que, debido a las particularidades políticas imperantes, ésta se impondrá de inmediato después de la victoria y cualquier forma gubernamental transitoria conducirá directamente a ella.

En la agitación se utiliza con preferencia la fórmula de gobierno obrero-campesino, para dar a entender que la dictadura del proletariado se apoyará directamente en las masas campesinas y

también en las capas más vastas y explotadas de la pequeña burguesía urbana. Será un régimen que se asentará directamente en las organizaciones proletarias, campesinas y populares y actuará a través de éstas.

La izquierda en general y el estalinismo en particular, han convertido en tabú la dictadura del proletariado, prefieren no hablar de ella porque la consideran expresión de un extremismo sin sentido. Corresponde al Partido reivindicar el verdadero significado de la dictadura del proletariado.

La dictadura del proletariado está llamada a languidecer y finalmente desaparecer, a medida que vayan disminuyendo las desigualdades económico-sociales. Cesará la administración de los hombres para dar paso a la administración de las cosas. Mientras tanto, efectivizará por primera vez la democracia plena democracia obrera-en favor de las mayorías actualmente explotadas y oprimidas.

**3.** El gobierno obrero-campesino no se limitará a cumplir las tareas democráticas, a formular de manera abstracta o en el plano de la diplomacia la liberación nacional, sino que procederá de inmediato a la estatización de los medios de producción, buscará y encontrará formas de organización que permitan orientar a los pequeños productores hacia la producción colectiva. Partiendo de esta base material planificará la economía nacional encauzándola hacia el socialismo. La conquista del poder por las masas, acaudilladas por el proletariado, quiere decir instauración del gobierno obrero-campesino. Los explotados se ven colocados ante la necesidad de tomar el poder porque a esa situación les ha conducido su lucha por la conquista de reivindicaciones que corresponden a sus necesidades vitales y cotidianas.

La experiencia chilena, durante el gobierno de Allende, condujo a una de las mayores y más sangrientas derrotas del movimiento obrero, allanando el camino para el triunfo del fascismo.

Esto demuestra que el control del gobierno no es todavía el control del poder político y sobre todo de lo económico. La burguesía dueña del poder conspiró y aplastó al frente popular (UP), pisoteando su propia legalidad para poner a salvo sus intereses.

El Programa de Transición no es, para el Partido Obrero Revolucionario, un recetario de fórmulas que puede permitirse utilizar en toda oportunidad, sino un método que nos permite lanzar reivindicaciones que respondan al estado de conciencia y de desarrollo de las masas y que, gracias a la proyección con que se formulan esas reivindicaciones inmediatas, les ayuda a movilizarse hacia la conquista del poder.

La actividad diaria del Partido Obrero Revolucionario le permite colocarse codo a codo junto a los explotados en la lucha por las reivindicaciones de las masas, por muy pequeñas que ellas sean. La lucha por la defensa de las garantías democráticas, contra la opresión imperialista, por las reivindicaciones económicas y sindicales, por el monopolio de la administración obrera mayoritaria de las empresas nacionalizadas, por la integración de la industria minera, etc., adquieren, bajo la dirección del POR, el carácter de un programa transitorio.

**4.** La revolución comenzará dentro de las fronteras nacionales, profundamente enraizada en la historia, economía y particularidades nacionales. El gobierno obrero-campesino, colocado ante la necesidad de resolver los problemas emergentes del desarrollo de la misma revolución, no podrá menos que proyectarla al plano latinoamericano.

Los Estados Unidos Socialistas de América Latina, resultado de las revoluciones obreras victoriosas en los países del continente, constituyen el marco natural para la estructuración del socialismo, la consumación de la liberación nacional de la opresión imperialista.

Esta consigna, típicamente burguesa en el siglo XIX y que ha quedado incumplida hasta hoy, se transforma en manos del proletariado en consigna de inconfundible contenido socialista.

Los problemas más agudos de los países latinoamericanos. cuya atomización es mantenida artificialmente por el imperialismo en provecho propio, serán resueltos casi de manera natural dentro del marco de los Estados Unidos Socialistas Latinoamericanos (problema del mar, integración y desarrollo económico, etc.).

Los Estados Unidos Socialistas de América Latina constituyen la respuesta revolucionaria y proletaria a la opresión imperialista, a la necesidad de la lucha de liberación nacional, en escala internacional, contra un coloso que explota y oprime por encima de las fronteras nacionales, a la urgencia de los pueblos latinoamericanos de superar el secular atraso e ingresar de lleno a asimilar las conquistas de la civilización.

El proletariado latinoamericano, y el boliviano como parte avanzada de él, se agigantan ante la grandiosa tarea política de estructurar los Estados Unidos Socialistas de América Latina, que son expresión elevada del internacionalismo proletario.

No se trata de que América Latina sea una sola nación, de que como tal use de su derecho a la autodeterminación, o de que las burguesías criollas o los gobiernos militares consumen la unidad continental, sino de que las revoluciones victoriosas bajo la dirección del proletariado no pueden menos que entroncarse con la revolución internacional y que para los latinoamericanos el primer paso en ese sentido es la estructuración de una federación de estados socialistas del continente.

Cochabamba, junio de 2012